

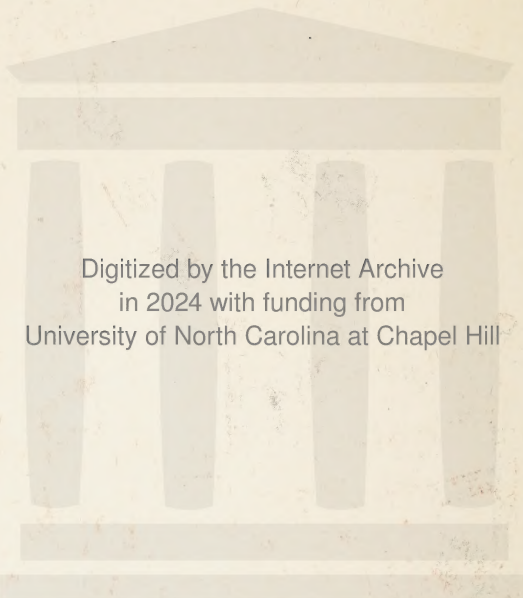
EL TEATRO

MODERNO

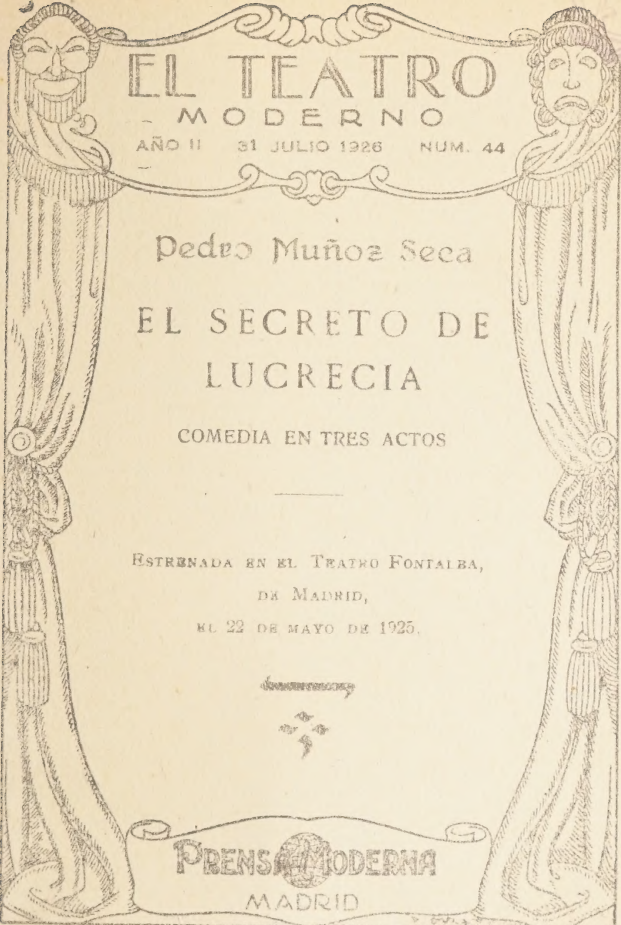
P. MUÑOZ SECA
EL SECRETO
DE LUCRECIA



50 CENTIMOS



Digitized by the Internet Archive
in 2024 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill



EL TEATRO MODERNO

AÑO II 31 JULIO 1926 NUM. 44

Pedro Muñoz Seca

EL SECRETO DE LUCRECIA

COMEDIA EN TRES ACTOS

ESTRENADA EN EL TEATRO FONTALBA,

DE MADRID,

EL 22 DE MAYO DE 1925.



PRENSA MODERNA
MADRID

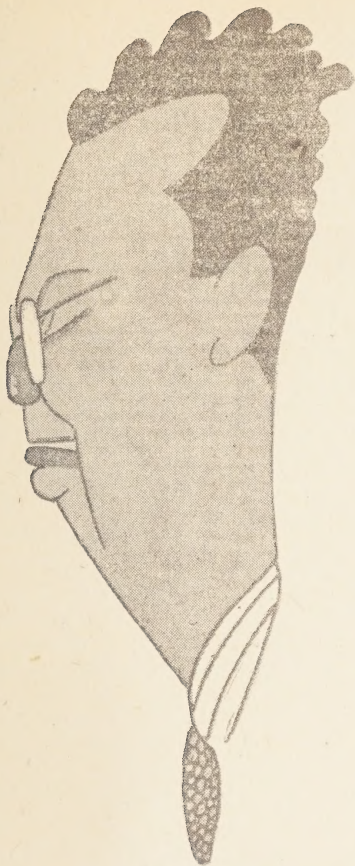
— EN EL PRÓXIMO NÚMERO —

La fuerza del mal

POR
LINARES RIVAS

PORTADA DE
VARELA DE SEIJAS

CARICATURA DE
SIRIO



ALBERTO ROMEA

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

Lucrecia... ..	Maria Gámez.
Adela... ..	Emilia Colombo.
Fermina... ..	Pilar Pérez.
Rufina... ..	Blanca Jiménez.
Verónica... ..	Conchita Castañeda.
Teodora... ..	Eugenia Illescas.
Mariquita... ..	Amparo Quilis.
Federico... ..	Emilio Valenti.
Ventura... ..	Luis Peña.
Olimpio... ..	} Alberto Romea.
Damián... ..	
El Padre Manrique... ..	Evaristo Vedia.
Benedicto... ..	Ceferino Barraón.
Patricio... ..	Alfredo Aláiz.
Asís... ..	Antonio Pino.
Tirabeque... ..	Nicolás Rodríguez.
Mellaíto... ..	J. Díaz Caneja.
Ambrosio... ..	Manuel Allacar.
Urbano... ..	Manuel Pacheco.



ACTO PRIMERO

Un salón en casa de los condes de Corezana.—Puertas en el foro y en ambos laterales. Es de día. En Madrid, en primavera. Época actual.

(Al levantarse el telón, Ambrosio y Urbano, criados de la casa bajo la dirección de Benedicto, mezcla de administrador y mayordomo, están acabando de colocar en un extremo de la escena un viejo arcón. Ambrosio y Urbano son jóvenes. Benedicto ha cumplido ya los cincuenta años y tiene una cicatriz en la mejilla derecha.)

BENE. Un poco más hacia allá.

URBA. Levanta, tú.

AMBRO. Vamos... *(Colocan el mueble más cerca de la pared.)*

BENE. Así... Basta.

AMBRO. Este arcón lo tenía el difunto General en su despacho, ¿no?

BENE. Sí, en su despacho; junto a la ventana.

AMBRO. Debe ser muy bueno. Hay que ver qué columnitas y qué figuritas tan bien talladas.

BENE. Sí.

AMBRO. ¿Qué significarán estas figuras, don Benedicto?

BENE. ¡Qué sé yo! Para estas cosas de arte soy un ceporro. Este de la barba tiene que ser un rey.

URBA. *(Un poco abrutadamente.)* ¿Por qué?

BENE. Hombre, porque tiene manto y corona, y hay aquí un grupo que parece que le está criticando.

AMBRO. ¿Y esta señora desnuda, don Benedicto?

BENE. Esa debe ser una diosa.

URBA. *(Como antes.)* ¿Por qué?

BENE. Porque antiguamente, cuando imperaba la mitología, los únicos que andaban desnudos por las calles eran los dioses, porque a ver qué autoridad iba a atravesarse a decirles nada.

AMBRO. Claro.

URBA. Hombre, pues la Cibeles bien que se tapa las carnes, don Benedicto.

BENE. Pero no por las personas, sino por los leones, que son carnívoros.

AMBRO. ¿Y va a quedar aquí el arcón?

BENE. Provisionalmente. A mí me dijo el señor Conde que hasta nueva orden dejáramos en el hall todos los muebles que se trajeran de casa del General, que esté en gloria; pero como en el hall ya no caben, los estoy esparciendo por los salones hasta que él disponga.

AMBRO. Quien lo va a disponer es un extranjero a quien yo he avisado esta mañana: un señor Gilíperéz, que es un decorador y restaurador muy nombrado.

BENE. ¿Gilíperéz?

AMBRO. Sí, señor; un tío rarísimo, rubio tirando a colorao y que cuando habla grita como si estuviera entre sordos.

BENE. Pero ¿habla el castellano?

AMBRO. Como usted y como yo. Se conoce que lleva muchos años en España.

BENE. Pues ya veremos. (*Consultando su reloj.*) Bueno, Ambrosio; que se nos va el tiempo; a ver dónde colocamos esas porcelanas.

AMBRO. Sí, señor.

BENE. (*A Urbano, dándole un manojo de llaves.*) Tú, entretanto, busca en este manojo de llaves la del arcón, y cuando la encuentres la desglosas y la colocas en la cerradura.

URBA. ¿Con qué la desglosa? ¿Con agua y arena?

BENE. Pero ¿tú qué entiendes por desglosar?

URBA. Quitarle la mugre.

BENE. No, hombre; eso es desmugrar. Desglosar es extraerla del llavero.

URBA. ¡Ah!

- BENE. Luego te vas al hall y haces lo mismo con las llaves de los demás muebles.
- URBA. Sí, señor.
- BENE. *(A Ambrosio.)* Vamos.
- AMBRO. Andando. *(Se van los dos por la primera puerta de la derecha.)*
- URBA. *(Se arrodilla y comienza a probar llaves, diciendo.)* Hacer esta faenita con el dolor de muelas que tengo... Lo que toca este colmillo, me lo voy a tener que desglosar.
- VERO. *(Doncella de la casa, entra en escena por la puerta del foro, seguida de Olimpio Giliperez. Verónica es tan recortadita como pizpireta. Lleva un traje bastante ceñido. Giliperez, como lo describió Ambrosio, es un señor cuadrado, con pelambreira rizada y rojiza, y bigote y luchana rojizos también. Habla y acciona siempre como en país conquistado.)* Pase por aquí.
- OLIM. ¿Y dices, pequeñaja, que el señor Conde no está?
- VERO. Vuelvo a suplicarle que no me llame pequeñaja.
- OLIM. Tú contéstame y no seas estúpida.
- VERO. Ni sé tampoco por qué me tutea el señor.
- OLIM. ¿No puedo ser tu padre? ¿Puedes tú asegurar que no sea yo tu padre?
- VERO. ¡¡Caballero!!
- OLIM. Vamos, no seas quisquillosa y respóndeme. ¿El señor Conde no está?
- VERO. Ni el señor Conde ni la señora Condesa. El señor Conde, según tengo entendido, ha ido al Banco, y la señora Condesa está en la casa mortuoria, vamos, en la casa de su difunto padre, el señor general Larralde, que falleció hace unos días...
- OLIM. ¿Y con quién podría yo hablar entonces?...
- VERO. Con el señor mayordomo del señor. *(A Urbano, que ha encontrado ya la llave del arcón.)* Urbano...
- URBA. ¿Qué quiere usted, Verónica?

- OLIM. ¡Caramba! Verónica...
VERO. (*Muy tiesa.*) Ese es mi nombre.
OLIM. Por muchos años.
VERO. Gracias.
OLIM. No hay por qué darlas.
VERO. (*A Urbano.*) Haga el favor de decir a don Benedicto que está aquí el señor...
OLIM. Olimpio...
VERO. (*Imitándole.*) ¡Caramba! Olimpio...
OLIM. (*Muy tieso.*) Ese es mi nombre.
VERO. Por muchos años.
OLIM. Gracias.
VERO. No hay por qué darlas. (*A Urbano.*) Dígale que está aquí don Olimpio.
OLIM. Anúncieme por mi apellido: dígale que esta aquí el señor Gilíperez.
URBA. ¡Ah! El decorador...
OLIM. El mismo para ordenarle.
URBA. Justamente hace un rato le hablaron de usted al señor Sacristán.
OLIM. ¡Como! Pero ¿este don Benedicto es Sacristán?
URBA. Sí, señor.
OLIM. ¿Uno que tiene una cicatriz en forma de siete, aquí, en la mejilla derecha, y que le llaman Benedicto siete?
URBA. Sí, señor.
OLIM. ¡Qué feliz casualidad!... Corra usted, hombre; dígale que está aquí su amigo Gilíperez, que desea darle un abrazo.
URBA. Sí, señor. (*Se va por la derecha.*)
OLIM. ¡Caramba con Benedicto!... (*Al notar que Verónica permanece allí muy quieta, muy tiesa y sin mirarle siquiera.*) Por mí no te detengas, pequeña; puedes continuar lo que estabas haciendo...
VERO. No, señor.
OLIM. ¿O es que no quieres dejarme solo?
VERO. ¡Pchs!...
OLIM. ¿Temes que me lleve algo?
VERO. No, señor.

OLIM. Entonces...

VERO. ¡Pchs!...

OLIM. ¡Caramba con Verónica!... Es decir, Verónica, no, porque tú, bien mirado, eres media Verónica nada más. Ahora, que media Verónica ceñidita: de las de ovación. *(Le da un azotazo.)*

VERO. ¡¡Caballero!!

OLIM. *(Por el pecho.)* Más vale que te limpiaras esta manchita... *(Verónica baja la cabeza para ver la mancha, y Olimpio le da un papirotazo en la nariz.)*

VERO. ¡¡Señor mi!!...

BENE. *(En la puerta de la derecha.)* ¿Quién?...

¡¡Olimpio!!...

OLIM. ¡Benedicto!... ¡Ven acá, hombre!... *(Se abrazan.)*

BENE. ¡Pero criatura!... Me dicen que está aquí el señor Gilíperez...

OLIM. Claro: Gilíperez; yo.

BENE. ¿Eh?

OLIM. Gilíperez: Gil y Pérez; solo que, azoconando y acentuando, es Gilíperez, aquí y en el Potosí.

BENE. Tú siempre tan extraordinario. *(A Verónica.)* Cuando venga el señor Conde, dígame que está aquí el señor..., bueno: el señor decorador.

VERO. Está muy bien. *(Se dispone a marcharse por el foro.)*

OLIM. Adiós, pequeñaja. *(Verónica le hace una mueca despectiva.)* Mujer, dí adiós siquiera.

VERO. *(Desde la puerta del foro.)* Adiós, Pérez. *(Vase.)*

OLIM. Me ha matao esta Verónica.

BENE. Siéntate, hombre. *(Se sienta.)* De manera que tú eres ese restaurador y decorador tan famoso?

OLIM. El mismo.

BENE. Pero ¿no te dedicabas antes a la fabricación de antigüedades?

OLIM. Sí; pero he tenido que dejarlo, porque era

está completamente perdido. ¿Tú crees que es difícil leer el "A B C" en bicicleta por la Puerta del Sol? Pues más difícil es encajarle a un inglés una antigüedad "ful". ¡Están más avisaos!... Y cuidado que yo, como fabricante, soy un hacha de dos filos. A mí me das un armario de pino acabadito de hacer, y lo pinto, le doy una pátina de mi invención hecha con aceite, tela de araña, polvo de carretera, ceniza, mugre de intelectual y tomate crudo; le pego cuatro tiros con mostacilla y tres perdigones del uno para simular el apolillamiento, y tres trayectos de carcoma, te lo enseño y si no me dices que es del siglo catorce, me dejo extirpar la nuez. (*Ríe Benedicto.*) No tienes idea de los camelos que yo he dado en este mundo. Pero lo que pasa, chico: se corrió la voz, me hicieron el vacío, y cansado de no ver una moneda ni como mimismático, dejé el negocio, me apocopé los apellidos, me di aguarrás en el pelo para enrojecérmelo un poco y me dediqué a restaurador, retocador y decorador. Para eso de decorar soy un tío de gusto: combino los colores como nadie, y como además tengo mucha cultura y mucha idea, pues soy el amo. Mira: me das una habitación, dos tapices y media docena de muebles, y te los coloco de una forma que parecen otros los muebles y los tapices y la habitación. Ingenio: hay que vivir, Benedicto.

BENE.

Pues aquí vas a tener trabajo largo, porque ha muerto hace unos días el general Larralde, el padre de la señora Condesa, que tenía muchos muebles antiguos y muchos objetos de arte, y como todo va a venir aquí...

OLIM.

Esta es una gente muy rica, ¿no?

BENE.

Archimillonarios.

OLIM.

¿Y el Conde entiende de antigüedades?

BENE.

Yo creo que no.

OLIM.

Pues es mi hombre.

BENE.

¿Eh?

OLIM. No te escames; no lo digo porque piense engañarle. Basta que estés tú por medio... Pero es que yo le tengo pánico a los que saben de estas cosas. Porque, aquí para los dos, yo, claro está, sé algo; pero, vamos, sé poco; ¿tú comprendes? Y a lo mejor me tiro cada plancha... Porque yo callarme no me callo. A mí me dicen "¿Estó qué es?", y yo digo: "Esto es tal cosa". Lo primero que se me ocurre, y cuando no se me ocurre nada, largo un came-lo. Antes los hacía, y ahora los digo. (*Ríe Benedicto.*) El asunto es no callar, porque en este oficio te callas y te pierdes.

BENE. Pues para que me contestes una fermada me te pregunto lo que significan las figuras de este arcón, que me tienen intrigadísimo.

OLIM. (*Acercándose al muchacho.*) ¿Estás?... ¿Estos no sabe lo que significan ni el que las talló. Por causa de un arconcito me tiré una plancha el otro día en casa de unos parientes de estos condes de acá, en casa de los Iñiguez...

BENE. Son parientes, pero cuidate de nombrarlos aquí.

OLIM. ¿Por qué?

BENE. Porque sería nombrar la soga en casa del ahorcado. Los de Iñiguez sostenían un pleito con el General, disputándole el condado de Garmendía, que él usaba; de modo que excuso decirte...

OLIM. Al cabo de la calle. Celebro que me hayas advertido... (*Rumor de voces dentro.*)

BENE. Ahí está ya el señor Conde.

OLIM. Preséntame como Gilíperéz, ¿eh?

BENE. Descuida, hombre.

FEDE. (*Por el foro. Visto de luto. Tiene cincuenta años y es un gran señor.*) Hola...

BENE. Para servir al señor Conde.

FEDE. ¿No ha vuelto la señora Condesa?

BENE. No, señor Conde. (*Por Olimpio.*) Este señor, señor Conde, es el señor Gilíperéz, el decorador y restaurador.

OLIM. Para servir al señor Conde.

FEDE. Mucho gusto.

OLIM. El gusto y la satisfacción son míos. ¿Está bien el señor Conde?

FEDE. Bien, ¿y usted?

OLIM. Bien, muchas gracias.

FEDE. Me figuro que ya le habrá dicho Benedicto...

OLIM. No, nada; Benedicto no me ha dicho nada.

BENE. Acaba de llegar y...

FEDE. Pues desee, en primer término, que recoja usted de la otra casa, de casa de mi difunto suegro..., ya sabe...

OLIM. Sí, señor.

FEDE. Dos varguños que hay bastante deteriorados y me los restaure cuidadosamente, sin que se note, por supuesto...

OLIM. Pierda cuidado el señor Conde: sé mi oficio.

FEDE. Después quiero que entre mi despacho y los salones, distribuya convenientemente los muebles y las porcelanas que han traído...

OLIM. Lo haré, procurando interpretar los gustos del señor Conde.

FEDE. Bien. Puede usted comenzar sus trabajos cuando guste.

OLIM. En el acto, señor Conde.

FEDE. Vea también si entre lo que han traído hay algo que necesite ser restaurado.

OLIM. Perfectamente. Si no me manda nada más el señor Conde...

FEDE. Nada más.

OLIM. *(Disponiéndose a marchar.)* Pues con el permiso del señor Conde...

FEDE. ¡Ah!... *(Se detienen Olimpio y Benedicto.)* Desee que este arcón que estaba en el despacho del General, figure en el mío.

OLIM. Descuide el señor Conde. Ahora mismo haré que lo lleven.

FEDE. Me gusta muchísimo ese mueble.

OLIM. ¡Oh! Al señor Conde le gusta lo verdaderamente bueno.

FEDE. Es bueno, ¿eh?

- OLIM. Magnífico.
- FEDE. El General lo tenía en mucha estima.
- OLIM. Es una verdadera joya de nuestro Renacimiento.
- FEDE. Creo que estas columnitas..., ¿eh?
- OLIM. Sí, señor; son del más puro estilo.
- FEDE. ¿Qué estilo?
- OLIM. Protodórico. Son columnitas protodóricas. Vea el señor Conde que tienen en los capiteles unas volutas tal y como las describe Vitrubio. *(Benedicto no sabe adónde mirar.)*
- FEDE. ¿Qué representa esta figura desnuda?
- OLIM. Esa es Volupia, la diosa de la voluptuosidad, y este rey es Tétrico cuarto, de la dinastía de los Tetrodentes; vea el señor Conde que no tiene nada más que cuatro dedos.
- FEDE. Sí; este otro se le ha roto... Es caoba, ¿no?
- OLIM. No, señor; no es caoba: es falso acajón. De esta madera se hacían todos los muebles premosaíticos o anteriores a Moisés. Creo que las tablas famosas...
- FEDE. Está bien.
- OLIM. Si el señor Conde no me manda ninguna otra cosa...
- FEDE. No, nada. Muchas gracias.
- OLIM. Para servir al señor Conde. *(Vase olímpicamente por el foro, diciéndole a Benedicto, que hace mutis con él.)* ¿Estás viendo? Soy el Club Alpino al rayar el día. *(Mutis.)*
- FEDE. *(Hace sonar un timbre. A Ambrosio, que se presenta por la derecha.)* Avísame cuando vuelva la señora Condesa.
- AMBRO. La señora Condesa acaba de llegar.
- FEDE. Dígale entonces que estoy aquí.
- AMBRO. *(Mirando hacia la derecha y anunciando respetuosamente.)* La señora Condesa. *(Se inclina y hace mutis por la derecha.)*
- LUCRE. *(Muy enlutada.)* Hola...
- FEDE. Hemos vuelto casi al mismo tiempo.
- LUCRE. Sí... *(Se deja caer en una silla, procurando en vano disimular su abatimiento.)*

FEDE. ¿Qué tienes, Lucrecia?

LUCRE. Nada.

FEDE. Mira: te voy a prohibir que vuelvas a casa de tu padre. Cada nueva visita te causa un nuevo disgusto.

DUCRE. ¡Me da tanta pena ver deshacerse la casa donde nací!

FEDE. Y es muy natural tu pena; pero no hay que entregarse a ella de ese modo. Puedes enfermarse...

LUCRE. No temas; resiste una más de lo que una misma cree.

FEDE. Conviene, sin embargo, no abusar y no ponernos a prueba. Bueno es rendir tributo a los muertos; pero no a costa de los vivos. Si tú enfermaras, la verdadera víctima sería yo, puesto que tu vida es necesaria a la mía.

LUCRE. No me digas eso. Bien sabes que por ahorrar-te un pesar daría cuanto tengo. Eres el mejor de los maridos.

FEDE. Tú sí que has sabido darme una ventura que nunca te pagaré.

LUCRE. No sabes lo que me agrada oírte decir en estos momentos, para mí tan tristes... Me parece que es lo único que consuela este dolor mío que...

FEDE. Que debes moderar, Lucrecia. Desde luego que perder a un padre es una de las mayores desgracias de la vida; pero todos hemos perdido al nuestro, sin estar a punto de enloquecer como tú. Por el contrario, debes agradecer a Dios el haberte conservado al tuyo tantos años.

LUCRE. Acaso tengas razón... Discúlpame. Es que estoy tan nerviosa...

FEDE. ¡Mujer!... ¿Qué haría yo para tranquilizarte?...

LUCRE. Seguir diciéndome lo que me decías. Cuando te oigo decir que eres feliz a mi lado, me siento como redimida, como aliviada.

FEDE. Pues ten la seguridad de que habrá pocos

hombres que puedan afirmar como yo, después de tantos años de matrimonio, que no han debido a su mujer un solo disgusto..., porque del único disgusto que me has dado no puedo acusarte.

LUCRE. ¿Cuál ha sido?

FEDE. Mujer, el de verte siempre triste, por no haber realizado el mayor deseo de tu vida: tener un hijo.

LUCRE. Cuando Dios no ha querido concederme ese bien será porque no lo merezco.

FEDE. Tú lo mereces todo. Ea, y se acabó. Queda prohibido hablar de cosas desagradables. Es preciso, a toda costa, restablecer la normalidad de esos nervios alborotados... En terminándose la testamentaria de tu padre, nos vamos a viajar. Cuestión de un par de semanas.

LUCRE. ¿Nada más?

FEDE. Hoy nos hemos reunido ya los albaceas, y todo está en un orden admirable... Por cierto que al leer el testamento nos ha llamado la atención una nota en la que manda que se te entregue una carta dirigida a ti que se hallará entre sus papeles...

LUCRE. *(Sobresaltada.)* ¿Habla en el testamento de esa carta?

FEDE. En vano la hemos buscado por todas partes. ¿Tú no presumes dónde podríamos encontrarla?

LUCRE. Está ya en mi poder.

FEDE. ¿Eh?

LUCRE. El mismo día en que murió mi pobre padre, buscando unas llaves en el cajón de su mesa la encontré..., y como era para mí...

FEDE. ¿Algo sobre el pleito con los Iñiguez?

LUCRE. *(Indecisa.)* Sí...

FEDE. Era su gran preocupación.

LUCRE. Y es natural que lo fuera. Al fin y al cabo, le disputaban el título que usó siempre su padre, el que llevó él mismo toda la vida.

- FEDE. ¿Y tú desearás, por supuesto, seguir el litigio?
- LUCRE. ¡Qué sé yo! Por mi gusto, tal vez desistiera. Yo no quiero tener ya otro nombre que el que tú me has dado. Claro que no seguir oponiéndome a los deseos de mi prima me parecería faltar a lo que debo a la memoria de mi padre; pero, por otra parte, tanto Teodora como su hija se han portado conmigo tan noblemente en esta ocasión, olvidándose de la discordia y viniendo a verme y hasta invitándome a pasar con ellas unos días en el campo, que no sé, no sé...
- FEDE. Una cosa es la amistad y otra defender un derecho. Pero, en fin, en esto, como en todo, se hará lo que tú quieras y nada más. *(Olimpio habla dentro muy reciamente, como es en él costumbre.)*
- LUCRE. ¿Quién da esas voces?
- FEDE. Es ese artista a quien he hecho venir para que restaure los vargueños y te ayude a distribuir convenientemente los muebles que se han traído de la otra casa. ¡Si vieras qué tipo tan notable!...
- LUCRE. ¿Sabrá pegar esas figurillas de marfil que se han roto, y arreglarme los abanicos?...
- FEDE. Seguramente. ¿Quieres que llame?
- LUCRE. Sí; toca dos.
- FEDE. *(Haciendo sonar un timbre.)* A ver si te arregla también las piezas que se rompieron del ajedrez de concha...
- VERO. *(Por la puerta del foro.)* ¿Señora?...
- LUCRE. Oiga usted, Verónica: haga el favor de buscar en mi gabinete esa caja de madera donde guardo las cosillas que se van rompiendo.
- VERO. ¿Donde puso la señora Condesa los dos abanicos?
- LUCRE. Justamente.
- VERO. Ya sé, sí, señora. *(Se dispone a hacer mutis.)*
- FEDE. Y diga a Benedicto que desee hacer una pregunta al señor Gilpérez.
- VERO. Está muy bien. *(Mutis por la derecha.)*

- FEDE. Quiero que pongan este arcón en mi despacho, junto a la chimenea. ¿Qué te parece?
- LUCRE. Sí; estará muy bien.
- FEDE. Per cierto que acerca del arcón me ha dicho ese hombre cosas extraordinarias.
- LUCRE. ¿Eh?
- FEDE. Dice que este rey no es San Hermenegildo, como creíamos, sino Tétrico cuarto.
- LUCRE. Puede que el pobre papá estuviera equivocado...
- BENE. *(Por la derecha.)* ¿Señor?
- FEDE. Adelante, Benedicto.
- BENE. Acaba de decirme Verónica que el señor Conde desea hacer una pregunta al decorador.
- FEDE. Sí; dígame que pase.
- BENE. *(Hablando hacia el lateral.)* Pasa.
- OLIM. *(Entrando y haciendo una reverencia a Lucrecia como para estar quince días con lumbago.)* Señora...
- FEDE. *(Presentado.)* Mi esposa. El señor Gilipez.
- OLIM. *(Tras dos reverencias más.)* Aprovecho la ocasión, señora Condesa, para expresarle el testimonio subrayadísimo de mi pésame.
- LUCRE. Muchas gracias. *(Federico habla con Benedicto.)*
- VERO. *(Entrando por la derecha con una caja de madera no muy grande, que pone sobre una mesita.)* Aquí tiene la señora.
- LUCRE. *(Acercándose a la mesa.)* Aguarde. *(A Olimpio.)* Quiero ver si puede usted componerme algunas cosillas a las que tengo una gran estima.
- OLIM. Todo es susceptible de arreglo en este mundo, señora Condesa, empezando por el mundo mismo.
- LUCRE. Vea usted; aquí voy yo echando todo lo que se estropea. A esta caja la llamo yo el hospital.
- OLIM. Muy gráfico. Pues a ver si yo hago del hospital una verbena.

- LUCRE. Hay aquí algunas maritatas que he visto en mi casa desde niña, y aunque no sé lo que son ni lo que representan, les tengo verdadero cariño.
- OLIM. Claro. ¿Qué importa lo que las cosas sean en sí? Lo importante es lo que representan para nosotros. Yo he visto a todo un pueblo adorando a un San Roque que no era San Roque, sino un retrato de Sagi-Barba vestido de peregrino.
- LUCRE. *(Por un envoltorio que saca de la caja y pone sobre la mesita.)* Aquí tengo un Sèvres que se ha hecho pedazos.
- OLIM. ¡Oh! Con los objetos porcelánicos hay que ser precaucionadísimo. Digo, y con estos Sèvres, que se ciscan de sólo mirarlos. Procuraré pegárselo a usted con toda la primorosidad de que yo sea capaz.
- LUCRE. Muchas gracias. Vea usted estas dos piezas del ajedrez.
- OLIM. ¡Caramba! ¡Un ajedrez de concha y esmalte! ¡Qué cosa tan linda! ¿Quién tiene en Madrid uno muy parecido?
- FEDE. La condesa de la Frontera.
- OLIM. Justo; pero el ajedrez... de la Frontera es algo más pequeño. *(Examinando las dos piezas.)* Esto del esmalte se puede arreglar muy bien.
- LUCRE. Mire usted esta estatuilla griega. A ésta hay que pegarle el brazo.
- OLIM. Muy linda.
- FEDE. ¿Quién es?
- BENE. ¡Atiza!
- OLIM. Filamón.
- LUCRE. ¿Quién?
- OLIM. Filamón, el poeta místico que acompañó a los argonautas en su viaje a la Cólquida. Hay quien cree que Filamón no existió, como hay quien cree que la Cólquida es un camelo; pero, en fin, eso allá cada cual. ¿No ve usted? Tiene aquí el libro en el que describió las "Fage-

ripodias", que eran unas fiestas que celebraban los griegos en honor de Dionisios.

FEDE. ¡Oh!...

LUCRE. Muy bien.

EENE. (¡Qué bárbaro!)

LUCRE. Y estos dos abanicos.

OLIM. (Tomando uno de ellos.) Hueso y cabritilla.

LUCRE. Sí: la cabritilla está como apolillada.

OLIM. Róida. ¡Qué cosa más rara! Un abanico de hueso róido... ¿Queda algo más?

LUCRE. Quedan algunas cosas pequeñas que.

AMBRO. (Por la puerta del foro.) ¿Señor?

FEDE. ¿Qué?

AMBRO. Un sacerdote, el padre Manrique, desea ver al señor Conde.

FEDE. ¿A mí? ¿El padre Manrique?...

LUCRE. (Muy turbada.) Es... mi confesor.

FEDE. Entonces será por ti, por quien pregunta...

AMBRO. Ha dicho el señor Conde.

FEDE. ¿Peró?...

LUCRE. Un momento. (A Olimpio.) Entonces usted se encarga...

OLIM. No faltaria más, señora. (A Verónica.) Anda, pequeñaja, carga con la caja.

VERO. (Titubeando.) ¿Eh?

OLIM. (Imperiosamente.) Vamos.

LUCRE. Sí. (Verónica toma la caja y se va por la derecha.)

OLIM. (Despidiéndose.) Señora, ¡rendidísimo!

LUCRE. Adiós, buenas tardes.

OLIM. Buenas tardes. (Se va con Benedicto por la derecha.)

LUCRE. (A Ambrosio.) Haga pasar a ese señor. (Vase Ambrosio por el foro.)

FEDE. (Disponiéndose a marchar.) Te dejo con él.

LUCRE. (Siempre muy turbada.) No, Federico, no hay error en lo que ha dicho el criado: es a ti a quien busca.

FEDE. (Sorprendido.) ¿Sabes tú, tal vez?...

LUCRE. Sé, por mi desgracia, lo que viene a decirte Oyelo y compadéceme. (Matís por la derecha.)

FEDE. (*Perplejo.*) No sé... No imagino...

MANRI. (*En la puerta del foro.*) ¿Puedo pasar?

FEDE. Adelante, señor... (*El padre Manrique frisa en los sesenta años y es a un tiempo sencillez y majestuoso, bondadoso y enérgico.*)

MANRI. El señor Conde sabrá disculparme si le molesto. Me trae un asunto reservado y delicadísimo.

FEDE. Esta es su casa, y usted me tiene a su disposición. Siéntese.

MANRI. Mil gracias. (*Se sienta.*) ¿Podemos hablar sin temor a ser escuchados?

FEDE. Seguramente... pero me sorprende esa extraña precaución...

MANRI. Cuando sepa de lo que se trata, se la explicará. Vengo a cumplir un encargo de su esposa.

FEDE. ¿Y ella necesita intermediarios para hablarme?...

MANRI. Necesita, o cree necesitar, quien le preste ayuda para descubrir a usted un secreto que no tiene valor para contarle por sí misma. Al fin y al cabo, es un secreto que envuelve una culpa.

FEDE. Habla usted de culpas...

MANRI. ¿Quién está libre de ellas, señor Conde? Hasta los santos pecan alguna vez. Además de que el pecado de su esposa no fué cometido voluntariamente, sino al contrario. Fué víctima de una abominable traición... Su culpa consiste solamente en haber callado, y ni aun de eso es verdaderamente responsable puesto que la forzaron al silencio...

FEDE. (*Impaciente.*) ¡Basta de prólogo, por Dios!... El corazón me dice que viene usted a destruir mi vida, a despertarme de un sueño... ¡Sea! Pero no prolongue el martirio. ¿Qué tiene que revelarme de parte de mi esposa?

MANRI. Lo que menos puede usted sospechar: la existencia de un hijo.

FEDE. ¿Qué?... Ella... tiene...

MANRI. Desde mucho antes de su matrimonio. Aunque

vuelvo a decirle que cuantas atenuantes pueda tener una culpa las tiene la suya. Le evitaré a usted y me evitaré a mí mismo la amargura de un prolijo relato. Bástele saber que cuantas infamias pueden ponerse en juego para abusar de una mujer, se emplearon contra ella. Las confabulaciones, los engaños, la fuerza..., sin contar con el abandono inmediato y la fuga del miserable con quien se batió luego el padre de Lucrecia y... ¡Dios le haya perdonado!

FEDE. ¿Pero ella?

MANRI. Ella no conoció de la maternidad más que el dolor, porque la criatura, que vino al mundo en un lugar ignorado de todos, le fué arrebatada en el momento de nacer por su padre, que no volvió nunca a darle noticias de ella. Aunque, sin decirsele claramente, le hizo entender que había muerto, y le prohibió volver a hacer la menor alusión a lo ocurrido, que debía ser olvidado para siempre. No creo tener que pintarle los sufrimientos de esa infeliz, que más tarde conoció a usted y le quiso, aunque tardó mucho en decidirse a aceptar la mano y el nombre que usted le ofrecía, porque ése era el motivo de su resistencia. Ella quería confesarle a usted todo, y el padre se opuso. Su falso concepto del honor se oponía a descubrir a usted la verdad. Ella cayó vencida al fin, en la lucha... Estaba enamorada de usted; fué débil y cedió. . Esa es su única falta, que ha expiado con un remordimiento que ha durado su vida entera, que ha turbado su sueño, que ha amargado su felicidad...

FEDE. ¿Y por qué no se ha decidido a hablarme hasta ahora?

MANRI. Porque hasta ahora no ha desaparecido la causa principal de su silencio: la promesa hecha a su padre... Y también por otra razón que es ya lo último que me falta por decirle: porque hasta ahora no ha sabido que

aquel hijo, del que jamás tuvo noticias exactas, que aquel hijo a quien creía muerto..., vive.

FEDE. ¡Vive!

MANRI. El general, al morir, le ha dejado escrita una carta en la que le descubre quién es y dónde se encuentra.

FEDE. ¿La carta a que alude el testamento?...

MANRI. *(Sacando un papel y entregándosele.)* Y que aquí tiene usted.

FEDE. ¿Ella le ha autorizado?...

MANRI. Es ella quien se la envía. Esta mañana, después de recibir la Sagrada Comunión, me dijo que deseaba revelar a usted lo que hasta hoy le ha tenido oculto. Aprobé su resolución y, anticipándome a la súplica que me pareció leer en sus ojos, me ofrecí a tener con usted esta amarga entrevista. Queda cumplida la misión que tomé a mi cargo. Sólo me resta un punto que aclarar: el de que no me ha llevado únicamente a ofrecerme a descubrir a usted este secreto, el piadoso deseo de ahorrar a su esposa el dolor de hacerlo por sí misma: me ha llevado principalmente un sentimiento de justicia: poder decirle lo que ella, el juez más duro de su propia falta, no le hubiera dicho jamás: que es preciso que se sobreponga a la amargura que esta entrevista haya podido causarle; que un ministro del Señor, que conoce hasta el fondo la conciencia de la mujer que lleva su nombre, le asegura que es una criatura virtuosa, una esposa modelo, una compañera ejemplar...

LUCRE. *(Que ha entrado en escena pausadamente y sin ser vista por Federico, se arrodilla ante él y le dice, angustiada:)* ¡Federico!...

MANRI. *(Levantándola.)* Alce usted, señora. Esta mano que tantas veces ha absuelto su culpa en nombre de Dios, en su nombre igualmente la levanta del suelo... Alce usted.

LUCRE. Gracias, padre. ¡No me abandone!

MANRI. El cielo es quien no ha de abandonarla. Yo

no puedo prestarle ya mejor servicio que el de dejarla a solas con su esposo... Entre él y usted no debe interponerse nadie en este momento... Es Dios quien debe hablar aquí, y su voz sólo por aquellos a quienes se dirige deba ser escuchada... Abran bien los oídos... Que el orgullo no le cierre el paso a la clemencia... La más hermosa de las enseñanzas divinas es la del olvido de los agravios, el medio más seguro de vengarse, perdonar... Vuestro sol ha sufrido un eclipse, pero los eclipses son pasajeros... y tan dulce como la ventura que nunca se turbó, es la que se recobra después de creerla perdida, con la ventaja de que esta nos la debemos más a nosotros mismos, porque es nuestra propia obra; la obra de nuestra generosidad... Cierto que alguna vez se ha llamado a la venganza "placer de dioses", pero por eso los dioses que inspiraban tal placer fueron vencidos por el Dios del perdón... Buenas tardes. (*Vase majestuosamente por la puerta del foro. Pausa.*)

FEDE. ¡Lucrecia!

LUCRE. No esperes oír de mis labios una sola palabra que me disculpe. Sé que no merezco tu perdón.

FEDE. ¿Qué has conseguido con ocultarme tu pasado? Hacer irremediable el mal. Si es cierto lo que ha dicho ese hombre—y debe serlo porque a Dios no ibas a tratar de mentirle—, tú no habías delinquido; eras una víctima que sólo merecía compasión. Yo te hubiera hecho mi mujer a pesar de todo, y hubiéramos sido felices, tan felices como lo hemos sido hasta aquí, sin correr el riesgo de que nuestra felicidad se viera de pronto rota para siempre...

LUCRE. Tienes razón.

FEDE. ¿No te dabas cuenta de que cada día que prolongabas tu silencio era un nuevo estornio que hacías de la fe que yo había depositado en ti?

LUCRE. ¡Federico!

FEDE. Y tú me engañabas...

LUCRE. ¡No!

FEDE. Sí; me engañabas; porque callar equivalía a engañarme... ¿En quién puedo creer ya si he perdido la confianza en ti?

LUCRE. Por muy duramente que me reprimas no lo harás con tanta crueldad como lo hace mi propia conciencia...

FEDE. Debe hacerlo, porque me has mentido en todo.

LUCRE. ¡Eso no, Federico!...

FEDE. Sí; tu tristeza, tu melancolía constante no tenía por causa, como siempre me diste a entender, el no haber logrado conseguir un hijo de nuestro matrimonio: obedecía a que el recuerdo del que ya tenías llenaba tu corazón... Era por él por quien llorabas... Era su cariño el que me disputaba el tuyo, porque le querías más que a mí...

LUCRE. (*Estallando.*) ¡No!... ¡Eso, no!... ¡Más que a ti a nadie!... Yo podré haberte ocultado la verdad, podré haber abusado de tu hidalguía, pero quererte te he querido siempre, ¡siempre! Mi único afán de todas las horas, de todos los momentos, ha sido hacerte feliz... Y lo he conseguido... Tú mismo reconocías hace un momento que me debías muchos años de ventura... Y yo pensaba, oyéndote decir: "ésa es mi obra: la obra de una deslealtad, es cierto; pero pues la he realizado, he cumplido la única misión que tenía que cumplir sobre la tierra..." Ahora recházame si quieres.

FEDE. ¿Crees tal vez que una cadena como la nuestra se rompe cuando se quiere? Nosotros no debemos, no podemos separarnos nunca. Esa es la mayor de mis torturas: que estoy unido a ti para siempre y que tú ya no eres tú: no eres la mujer intachable que yo quería a cegar, sino... (*No sabe qué decir y se calla. Lucrecia llora en silencio. Pausa.*) No llores,

Lucrecia... (*Dulcificando mucho su acento.*)
 Disculpame, sí... Comprendo lo que sufres, y bien nos aconsejó quien nos dijo que en este momento no debían hablar aquí ni el rencor ni el orgullo, sino la conmiseración y la piedad.

LUCRE. ¡Federico!

FEDE. (*Conmovido.*) Aunque me empeñe en no escucharia, más fuerte que la voz que me dice "castiga", es la que se escapa de mi corazón diciéndome: "perdona"...

LUCRE. (*Cogiéndole una mano e intentando arrodillarse ante él.*)

FEDE. (*Sujetándola.*) Levanta, mujer... y vé, cuando dispongas, adonde quieres ir: ¡en busca de tu hijo!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Almijar del cortijo de "El Húsar", finca andaluza próxima a Lebrija. Pajares y algún chozón, o algún carro, o alguna máquina trilladora, en el lateral derecha. En el fondo un gran moral y a su sombra un pozo con lavadero. A la izquierda, un poco en chafán, la portalada que da acceso al caserío y dependencia del cortijo. Al foro, perspectiva de campo andaluz en primavera. Es de día.

(*Al levantarse el telón están en escena Rufina, Tirabeque y Mellillo. Rufina, guapa mocecona, lava unas prendas. Tirabeque y Mellillo, dos gorriones, sentados a la sombra del moral lian un cigarrillo.*)

TIRAB. ¿Pero tú llegaste a arrearle el guantazo, Rufina?

RUF. ¿Cómo que si llegué? A lata sonó, no te digo más. El me tomó la cara así. (*Señal de ca-*

ricia.) y yo se la tomé así... (*Señal de bofetada.*) que lo dejé *temeroso*...

MELLA. ¿Pero te tomó la cara?

RUFÍ. Con toa la mano.

MELLAI. Cuenta cómo fué, mujé.

RUFÍ. Pos na, que tenía yo que di a Lebrija con mi mare pa que er médico le viera eso colorao que l'ha salío en el brazo, que ella dice que es de la lejía, y er médico dise que es un repeluno de la sangre, y yo digo que es de los platasos de remolacha que se mete en el cuerpo, que le tiene que salí lo colorao hasta por los ojos; y va y me dice el amo: "Ascucha, Rufina: ar pasá por ahí ar lao, por el caserío de "Los Retamales", entriega esta carta pa que se la den a la señita Adela"... A mí, la verdá, no me hizo gracia la cosa, porque esto fué hase una semana, que había tentaero en "Los Retamales", y como los Illiguez convían a tantísima gente, pos yo pensé: "vi a tené qué di aonde er gentío, y con lo corta que yo soy, me vi a achará. Pero, claro, como yo no le iba a desí que no al amo, cogí la carta, salí pitando con mi mare, y ar pasá por "Los Retamales" me aserqué a la casa, escurriéndome como pude, entré por la puerta d'atrá, le di la carta a Mariquita Moscoso, una muchacha de "Las Cabezas" que está allí pa ayudá al cuerpo de casa, y me gorví pa la carretera por el carriliño de los rosales, que sa corta bastante. Y en esto, hijo mío, que me sale un señorito mu arto él, to afeitao él y con medio antiojo na más.

MELLAI. ¿Con medio antiojo, Rufina?

RUFÍ. Medio antiojo, Mellaito. Un cristá aquí y na má.

TIRAB. Sí, hombre: un minúsculo.

MELLAI. ¿Eh?

TIRAB. Que eso se llama un minúsculo. Es una cosa que inventaron pa los chatos. Se asujeta er cristá en er recóncavo del ojo y en esta cu-

netita que tos tenemos aquí, que le disen la "sojera", y no se cae aunque se estornude.

MELLAL. (A Rufina.) Güeno, y qué sigue...

RUFI. Pues na, que er señorito, mu naturá, se vino pa mí, y yo, mu naturá, pensé: "éste me va a preguntá algo", y fi y me paré frente a él, y va él y se para también frente a mí, y voy yo, la muy tonta, y le pregunto: "¿Qué?" Y va él, el muy sinvergüenza, y me contesta: "Na". Y alarga el brazo y nie toma la cara disiendo: "Uyuyuyuy"... y yo m'echo p'atrás y le aiso un guantaso con tal fuerza, que acabáito el "uyuyuyuy", largó un "ayayay" con unas ganas que si es mudo, revienta. (Rien Mellalo y Tirabeque.) Yo seguí mi camino como si tal y él se quedó allí buscando el... minúsculo, que pué que a los estornudos no se caigan, pero a los guantazos salen disparados.

MELLAL. ¡Chavó!...

TIRAB. ¡Camará!...

RUFI. Y es, a lo que yo iba al hablá de esto, si los hombres le toman la cara ahí porque si a una mujé que no se mete con naide y que lleva tapao to lo suyo pa no provocá, ¿qué harón en Sevilla y en Madri con esas que lo llevan to al aire y to mu presentao y que andan con muchísimo remenco, como disiendo: "Mirá lo que yo me traigo, mirá lo que yo me traigo"?

MELLAL. ¡Claro!

RUFI. Porque hay que ve cómo van algunas. ¡Dios mío de mi arma! ¡Josú!... De las que han venío a las fiestas de "Los Retamales", la única que va medio desente, na más que medio desente, es la señorita Adela. ¿Las demás? ¡Virgen Santísima!... Hasta viejas viejas, con nietos casaos, con er pelo corto y enseñando toas sus antigüedades, que yo de verlas me ponía colorá. Y atiende a este golpe. M'ha dicho a mí Mariquita Moscoso que sacaron un retrato toas las señoras sentás en hilera pa mandarlo a un periódico, y que en

cuanto el retratista dijo: "Prepararse, que ahora va a sé", toas montaron una pata sobre la otra, que la que menos enseñaba el cayo de la roíya, ¡y asina han salío en el periódico!

MELLAI. (*Encandilado.*) ¿Qué periódico es, tú?

RUFI. Ya se ha roto.

TIRAB. Na, hombre; lo que dise mi compare Frasquito que es más verdá que la má. Dice él que ca persona llevamo nuestra vergüensa que es como una lámpara lértrica, y ar que se le funde la lámpara se quea sin vergüensa pa los restos. Y hay mucha vergüensa fundía.

RUFI. Y tanta. A oscura anda la gente.

TIRAB. Por eso andan a manotones...

RUFI. No has estao pesao, Mellaíto.

MELLAI. A mí lo que me llama la atención es lo deslumbrao que está el amo con la señorita Adela.

TIRAB. Y es pa deslumbrarse, porque ella es una fló de bonita. ¿Son ya novíos, tú?

RUFI. Dende hase una semana. Ya ellos venían camelándose dende el año pasao.

TIRAB. ¡Vaya una boa si cuaja! Hija única y con una de millones...

MELLAI. Pos el amo no está tampoco descarso, Tira-beque.

TIRAB. ¿Ande vas a compará, hombre? Los sien mir duros que puea tené el amo no son na ar lao d lo que tiene don Patricio Líniguez, que le llevan er dinero a su casa en camijones. Na más que la dehesa y la ganaderia brava vale un platá. Y disen que en Madrí tiene casas hasta de siete pisos.

MELLAI. ¡Chavó!

TIRAB. Además que esos Líniguez no son de familia de esas de perro chico, sino de familia casi reá. Y ahora don Patricio va a sé Conde, porque le disputa er título a un generá pariente suyo, que s'ha muerto.

RUFI. Por eso creo yo que el amo y ella...

MELLAI. ¿El amo d'aca no es de güena familia, Tira-beque?

TIRAB. Hombre, según lo que se entienda. Mellai. Más güeno que su padre que esté en gloria no ha nasío naide. Ya ves tú que el amo es cariñoso y es corriente y parese uno de mosotros, ¿no es verdá? Güeno, pos ni compararlo; porque el Husa, como to er mundo lo llamaba porque había sío sordao, no es qu páresía uno de mosotros, sino que era uno de mosotros, y aunque tuvo suerte y güenos amparos y prinsipió con cuatro fanegas de tierra y llegó a este "semporio" de riqueza, siempre fué uno de mosotros.

RUFI. Lo que le pasa a doña Fermina, su viuda de é, que es la señora y es el ama y es to lo que se quiera; pero es también una de nosotras, sin tonterías de orgullo ni pamplinas.

TIRAB. Sí, señó, güenísima; pero es familia de a perro chico. Vamos, que no son güenos en el otro sentio. Porque al desí yo güena familia en el otro sentio, quierro significá que los agüelos antiguamente lucharon con los moros y tomaron argún castillo.

MELLAI. Y el Husa, ¿no estuvo también en Melilla, so animá?

RUFI. *(Mirando hacia la derecha.)* Allá viene el amo.

TIRAB. Verdá es.

MELLAI. Y con ella.

RUFI. ¡Vaya una pareja!

TIRAB. ¡Lo bien que montan los dos!

RUFI. Pa la casa vienen.

MELLAI. Habrá que sujetarle los caballos, ¿no?

TIRAB. Espera a que llamen.

RUFI. *(Recogiendo la ropa.)* Yo me los guillo por al acaso.

VENTU. *(Dentro, llamando.)* Sarvadó... y tú...

TIRAB. ¡Hala!

MELLAI. Vamos. *(Se van por la derecha.)*

RUFI. *(Disponiéndose a hacer ruido. Suspirando.)* ¡Ay!... ¡Cuándo me llegará a mí la hora! Pero los hombres no van más que a lo fácil y como yo tengo mi vergüenza sin fundi...

(Desaparece por la izquierda, llevándose la ropa.)

ADELA. *(Dentro.)* Sí; llévalo a casa. Desde aquí me irá a pie. *(Entra en escena por la derecha, primer término, seguida de Ventura. Ambos son jóvenes y visten traje andaluz de montar.)*

VENTU. ¿Qué inconveniente hay en que yo te acompañe hasta tu casa? ¿No te han autorizado tus padres pa que vengas conmigo a ve los toros?

ADELA. Prefiero que sea aquí donde terminemos nuestro paseo.

VENTU. ¿Por qué?

ADELA. Porque tenemos aún mucho que hablar, y en casa no hubiéramos podido hacerlo fácilmente.

VENTU. Como tú quieras, mujé. Está a tu vera, sea donde sea, siempre es pa mí como está en la gloria.

ADELA. *(Tristemente.)* ¡Ay, Ventura!... No me digas eso ahora.

VENTU. ¿No te gusta oírlo?

ADELA. Muchísimo: bien lo sabes; pero tengo tan poca esperanza de que realicemos nuestra ilusión, que todo lo que sea recordar que nos queremos me produce pena más que alegría.

VENTU. Chiquilla... ¿A quién se le ocurre hablar de penas en este momento, cuando acabamos de pasá una mañana divina en el campo, sin ocuparnos más que de nuestro querer? ¡Lo bonita que estabas a caballo con ese traje! No lo estarás tanto, de seguro, en Madrid cuando te vistas pa ir al Real...

ADELA. ¿Tú qué sabes?

VENTU. Ya lo creo que lo sé. Y aunque lo estuvieras no me lo parecerías. El buen campero sólo encuentra lo bonito en su terruño, y como yo no soy más que un campero, para mí esto es lo mejor del mundo, y aquí me creo yo—no te rías—, aquí me creo yo un rey. Por eso cuando galopaba hace un instante por el campo a

la vera tuya, me hacía la ilusión de que era un rey que recorría sus tierras con la llamada a compartir su trono, y de que, ya recibí dignamente a su reina futura, se habían adornado de lo mejorcito el cielo y la tierra: el cielo, emborrachándose de luz, y la tierra, volviéndose loca a echá flores.

ADELA. Calla, Ventura; te lo suplico... Me haces daño.

VENTU. ¿Por qué, chiquilla?

ADELA. Porque lo que a ti te parece un presagio favorable, es, por el contrario, el anuncio de nuestra desgracia.

VENTU. Mujé, no te comprendo.

ADELA. Si mis padres han permitido que me acompañes en esta excursión que ha de ser la última, ha sido únicamente para que ponga término en nuestras relaciones.

VENTU. ¿Qué estás diciendo? ¿Has hablan ya con ellos?

ADELA. Anoche.

VENTU. ¿Y nada me habías dicho hasta ahora?

ADELA. Por no destruir el encanto de nuestro paseo. ¡Era tan feliz a tu lado!

VENTU. ¿De modo que la negativa ha sido?...

ADELA. Absoluta... Ya te dije que la presentía. Por eso retrasaba el momento de hablarles...

VENTU. ¿Y en qué se fundan? ¿En que no soy aristócrata como ellos?... ¿En su propósito de casarte con ese idiota?...

ADELA. En las dos cosas. ¿A qué he de esquivarte?

VENTU. Lo comprendo.

ADELA. ¡Ventura!...

VENTU. ¿Quién es uno pa pretendé casarse contigo? El hijo de un pobre hombre que consiguió ser dueño de cuatro terrones a fuerza de fuerzas...

ADELA. Calla, Ventura; no me martirizas, por Dios. Bien sabes que para mí no hay en el mundo un hombre más digno que tú. Yo sería tu mujer con orgullo.

VENTU. Sí; con orgullo, pero... renuncias a serlo.

ADELA. Si hubieras presenciado la escena de ayer con mis padres no me hablarías como me hablas. Mi madre, sobre todo, no tienes idea de cómo me puso. Me amenazó con que si hoy mismo no rompía nuestras relaciones, esta misma noche nos volveríamos a Madrid; me dijo que si la desobedecía la mataría el disgusto... Y no ignoras lo que es mi madre para mí. Ventura, no es sólo la vida lo que le debo... Una vez estuvo a punto de morir por cuidarme... Se pasó un mes entero a la cabecera de mi cama sin comer ni dormir apenas, y contrajo una grave enfermedad... Otra vez que estuve a punto de perecer abrasada, ella dió pedazos de su piel para que sanasen mis llagas... ¿Puedo rebelarme contra una madre como ésa?... ¿Te rebelarías tú contra la tuya?... Contesta... *(Viendo que Ventura se calla.)* Asegúrame que en mi caso serías capaz de causar esa pena a la que te dió el ser, y yo te aseguro hacerlo igualmente... Pero ¿a que no te atreves a decírmelo?

VENTU. No sé, Adela; tal vez tengas razón. Yo no daría nunca a mi madre un disgusto... No podría vivir si lo hiciera...

ADELA. Así habla un buen hijo. Por eso te quiero.

VENTU. ¡Y por eso me obligas a renunciá a tu cariño para siempre!...

ADELA. Para siempre, no. Lo que yo no puedo es rebelarme; pero puedo luchar, y lucharé... Y, sobre todo, no seré de otro hombre: te lo juro solemnemente. Yo podré prescindir de tu cariño, aunque me cueste ser desgraciada; pero ése es el límite de mi obediencia... Un doble sacrificio sería demasiado.

VENTU. *(Mirando hacia la derecha.)* ¡Calla!... Tus padres... ¡Y con él!... *(Se separa de ella. Por la derecha, en primer término, entran en escena Teodora, don Patricio y Asis. Patricio tiene sesenta años y aspecto de cualquier cosa menos de ganadero de reses bravas. Asis, que*

gasta monóculo, es un pollo bastante antipático: lo que diríamos un "hueso". Algo de hueso es también el papel. Un papellito como para un amigo. Teodora es una señora vulgar. Viene sin nada a la cabeza y con sombrilla: en plan de paseo.)

ADELA. *(Saliéndoles al encuentro.)* ¡Oh!... Dando un paseo, ¿eh?

TEODO. Sí; dando un paseo y... buscándote.

ADELA. ¿Buscándome? *(Riendo.)* ¡Por Dios! Pero ¿es que me había perdido?...

TEODO. No, mujer; pero como hacía mucho tiempo que habías salido de casa para ir a la torada donde hay siempre peligros, estábamos inquietos.

PATRI. Positivamente inquietos.

TEODO. A tu padre se le ocurrió que podías estar aquí de vuelta del paseo visitando a la madre de Ventura.

PATRI. No fuí yo; fué Asís el de la buena ocurrencia. Cada cosa en su sitio.

ASIS. Sí, fuí yo; pero no tiene ningún mérito el haber acertado. ¡Era tan lógica la suposición!... ¡Adela siente tantas simpatías por... *(Muy subrayado.)* la señora Fermína!...

VENTU. *(Muy tranquila, recogiendo la pilla.)* La señora Fermína, es verdad; así la llamo todo el mundo. Y mire usted si será *(Muy subrayado también.)* señora la señora Fermína, que no hay en todo el contorno quien no la quiera y quien no la respete. A mí me gusta la mar que la llamen así. Es lo más hondo de mi pensamiento y cuando quiero yo darle a mi madre el mejor de los títulos, yo mismo la llamo de esa manera: la señora Fermína. Es un señorío ganado por ella, por su talento, por su bondad... Y como en cuestión de títulos y honores tiene más mérito el que los gana que el que los hereda, o sea firmemente que el señorío ganado por mi madre vale más que el heredado por su madre de usted.

- ASIS. (*Amenazador.*) ¡Ventura!
- VENTU. (*Desafiándole.*) ¿Qué pasa?
- ADELA. ¡Por Dios!...
- ASIS. (*Conteniéndose.*) Creo que ha interpretado usted mal...
- VENTU. Pudiera ser.
- ASIS. Yo no he querido molestarle...
- VENTU. Tampoco yo hubiera consentido...
- TEODO. (*Apoyándose en el brazo de Asís.*) Bien, bien. Si os parece...
- PATRI. Sí; volvamos a casa... Buenas tardes, Ventura.
- VENTU. Buenas tardes.
- TEODO. (*Haciendo mutis por la derecha primer término, del brazo de Asís, y seguida de Patricio y Adela.*) ¡El pobre!... Ya Adela le habrá dicho..., y figúrese...
- ASIS. He respetado que estaban ustedes delante.. (*Mutis.*)
- ADELA. (*Aparte a Ventura, alargándole la mano.*) No olvides lo que te he jurado.
- VENTU. ¡Adela!...
- PATRI. (*Severamente.*) ¡Vamos! (*Queda solo Ventura.*)
- VENTU. (*Sentándose desalentado.*) Su buen deseo la engaña... ¡Hubiera sido demasiado para mí!
- RUFI. (*Saliendo de la casa.*) ¡Anda! Pero ¿estaste aquí entadía? Creía el ama que s'había ustedé díó nuevamente... (*Gritando hacia la izquierda.*) ¡Sita!... ¡Que está aquí er sito!... Voy a la güerta a cogé tres sebollita que quiere Micaela pa la carne. (*Mutis por la derecha último término.*)
- TIRAB. (*Por el primer término de la derecha.*) Y digo yo, mi amo: ¿ensierro la jaca, o la dejo ahí amarrá a la sombra?
- VENTU. Déjala ahí: tengo que dar una vuelta por Los Negrales.
- TIRAB. Si, señó. (*Se dirige a la casa.*) ¡Ah!... Rompetecho..., güeno, er veterinario, ha venío hase

un rato a ver qué es eso der sementá, y está en la cuadra chica esperándolo a asté.

VENTU. Ahora me llegaré por allí.

TIRAB. Sí, señó. *(Mirándole compasivamente.)* (Tos tenemos nuestras espinas.) *(Al entrar en la casa se cruza con Fermina, que sale.)* Guas tardes, mi ama... *(Mutis.)*

FERMI. Buena tarde. *(Fermina es una simpaticísima y despojadísima mujer de cincuenta años. Aunque viste con modestia se ve a cien leguas que es el ama. A Ventura.)* Hola.

VENTU. Hola, madre.

FERMI. Supe por Rufina que habías venido aquí con Adela; pero como no entraban ustede, creí que se habían ustede vuelto a marchá.

VENTU. Es que...

FERMI. *(Mirando hacia la derecha, primo término.)* ¿Eh?... ¿Quién va allí?... ¿Es que han estao aquí también los padres?...

VENTU. Sí.

FERMI. ¿Y no han entrao?

VENTU. Iban de pasada...

FERMI. *(Mirando a Ventura.)* Dime la verdad, Ventura... ¿Qué tienes?... ¿Qué ha sucedido?...

VENTU. Lo que tenía que sucedé, madre... Pensaba usté muy bien cuando me desía que... eso no podía sé.

FERMI. ¿Ha hablao ya con ellos?

VENTU. Sí.

FERMI. ¿Y no quieren?...

VENTU. Ni amarraos.

FERMI. Era de esperar. Esa gente como un cogollo por encima de todas las cosas.

VENTU. ¡Bah! Después de to...

FERMI. ¿Vas a hármelo créer que no te importa?

VENTU. Sí me importa, madre: mucho, muchísimo... pero mientras yo la tengo a usté en el mundo, pa mí no hay penas.

FERMI. *(Incrédula.)* ¡Ay, Ventura!...

VENTU. ¡Palabra!

FERMI. Bueno; ¿y ella qué dise? Porque aquí lo que importa es sabé lo que ella piensa.

VENTU. Ella me ha jurao no ser de otro.

FERMI. Algo es algo.

VENTU. ¿Crece usté que puedo confiar?... *(Fermina, mirando hacia la derecha último término, no le contesta.)* ¿No quiere usté contestarme?

FERMI. Es que no sé quién viene...

VENTU. ¿Eh?

FERMI. Unos que han dejado el coche en la carretera y vienen pa acá hablando con Rufina...

VENTU. No tengo ganas de conversación, madre. Atiéndalos usté.

FERMI. A lo mejor no es a nosotros a quien buscan.

VENTU. Tiene usté razón.

FERMI. Y en último caso, Rufina nos avisará...

VENTU. Es verdá. Vamos. *(Entran en el caserío. Tras una breve pausa, entran en escena por la derecha último término Lucrecia, Rufina y Federico.)*

FEDI. Entonces, "Los Retamales", la dehesa de los Iníquez está muy cerca de aquí, ¿no?

RUFI. Ar láito, ar láito. Se estornuda en "El Husa" y disen "Jesú" en "Los Retamales". Desde la güerta se ve la casa. Una casa mu hermosísima. Ahora han tenio tentaero y había allí un gentío de gente... Ya no queda más que la familia. Una gente mu tiesa. La señita Adela pué pasá; pero los demás... ¡Jesú! Parece que tienen la sangre mezclá con armidón del gato...

•LUCRE. *(Impaciente.)* Bueno; usted me hará el favor de pasar a la señora ese recado. ¿Verdad?

RUFI. Ya lo creo: ahora mismito... Pues no fartaría más... Tomen ustede asiento los dos... *(Entra en la casa.)*

FEDI. *(A Lucrecia, que se apoya en el respaldo de un sillón y cubre su cara con las manos.)* ¡Lucrecia!...

LUCRE. Tengo miedo, Federico.

FEDE. Mucho cuidado. Piensa en lo difícil de tu situación...

LUCRE. Por eso deseo hablar antes con ella; pero la... madre!...

FEDE. Debe ser ésta que se acerca...

LUCRE. Tú, Federico...

FEDE. Yo te libraré de mi presencia en estos momentos. Sería muy violento para los dos...

LUCRE. ¿Pero...?

FEDE. Nuestra mutua delicadeza lo exige.

FERMI. *(Entrando en escena.)* Buenas tardes.

FEDE. Buenas tardes.

FERMI. Me ha dicho Rufina que...

FEDE. Sí; que esta señora desea hablar un instante con usted. *(Se retira y se va por la derecha.)*

FERMI. Entre usted en mi casa, señora. Estaremos mejó.

LUCRE. No. Prefiero que hablemos aquí.

FERMI. Si es reserváo lo que tiene que desirme, ahí dentro podrá hacerlo con más confianza.

LUCRE. No; prefiero aquí mismo...

FERMI. A su gusto. Siéntese usted.

LUCRE. Gracias. *(Se sienta.)* Antes de todo, por favor que le dirija varias preguntas... ¿Usted se llama Fermina Hernández?

FERMI. Servidora de usted.

LUCRE. Y su esposo, muerto hace años, se llamaba Valentín Mendizábal, "el Húsar", por apodo, ¿no es cierto?

FERMI. Sí, señora.

LUCRE. Asistente en su juventud, cuando sirvió al rey, de don Víctor Larralde, conde de Garmendía...

FERMI. Sí, señora.

LUCRE. Entonces ya estoy segura de que es usted a quien busco. Y quiero a pedirle permiso por verme obligada a seguir preguntando... Usted no ha tenido nunca más que un hijo de su... matrimonio, ¿verdad?

FERMI. *(Algo recelosa.)* ¿Eh?

LUCRE. ¿El que... vive?

FERMI. El que vive, sí, señora: Ventura.

LUCRE. En ese caso, sólo me resta ya la última interrogación. Contéstela mirándome frente a frente. ¿Usted podría afirmar delante de Dios que ese hijo... es suyo?

FERMI. (*Asombrada, levantándose.*) ¡Señora!... ¿Qué está usted diciendo?

LUCRE. Ya sé que está legitimado; que ante la ley y ante el mundo no puede tener otra madre; pero... ¿usted está segura de ser su madre verdadera?

FERMI. (*Rehaciéndose.*) Pa que yo conteste a esa pregunta, tiene usted que contestá antes a otra. Sólo una persona podría tener derecho a hablarme a mí de esa manera. Usted ya sabe quién soy yo; ahora yo necesito saber quién es usted.

LUCRE. Me llamo Lucrecia de Larralde, y soy la hija del General...

FERMI. Está bien. Reconozco que tiene derecho a preguntarme..., aunque me extraña que haya tardado más de veinte años en haserlo.

LUCRE. Hasta ahora no he sabido que mi hijo..., que el hijo de usted vivía y dónde se encontraba.

FERMI. ¿Eh?

LUCRE. Mi padre ha muerto hace poco, y ha sido una carta suya, encontrada después de su muerte, la que me lo ha descubierto todo.

FERMI. ¿Todo?

LUCRE. Sí; por ella sé que el niño fue entregado por el General a su antiguo asistente, en quien tenía una gran confianza; que éste, soltero entonces, lo hizo inscribir como hijo natural suyo; que más tarde, casado con usted, le legitimaron por subsiguiente matrimonio, declarando usted ser su madre verdadera; que desde entonces lleva su nombre legalmente... Ya ve usted que no la he mentado al decirle que estaba enterada de todo.

FERMI. De lo lo que usted puede saber; pero la historia no está completa. Falta por decir que aquel ni-

ño entregao a mi marido, fué desde el primer momento lo mejor de nuestra casa; que le quisimos con el mismo cariño que si hubiera sido de verda' hija nuestro; que él se crió a queré siempre; que desde muy chico reveló lo que iba a sé... Y ante la vista tiene usté su obra: estos campos que son nuestros, y este negocio de ganados, que no debemos sólo a la protección del General y a los desvelos de mi pobre marido, sino principalmente a los esfuerzos de él y a los trabajos de él. Nosotros le dimos a él nuestro nombre, y él nos dio a nosotros un aumento de bienestar y un respeto muy grande de la gente. Y a mí me dio más, porque me dio todo su cariño... No le extrañe que se lo diga con orgullo: Ventura me quiere cuanto pueda queré el mejor de los hijos. Comprenderá usté que mi vida no tiene más norte que él; que siempre conté con que sería su mano la que me cerrase los ojos cuando yo me muriera; pero si la presencia de usté aquí me da a entendé lo que sospecho, aunque lo sienta con toda mi alma, aunque me vuelva loca de doló, aunque me muera de pena, no tema usté encontrá en mí la menor resistencia. Las últimas palabras de mi marido las tengo yo muy presentes. Me reveló quien era la madre de Ventura; es desí, quién era usté, y me dijo: "Fermina, si alguna vez el General o ella te reclaman a Ventura, tú no te opongas a ná, y aunque él, por ley, no puede sé más que hijo nuestra de ja tú que él haga lo que crea mejó pa su conveniencia." Esto me dijo cuando se moría, y mi obligación es obedecerle. Y ud' más. ¿Viste usté por su hijo? Pues ahí lo tiene usté: cuénteles usté la verdá y que él decida. Pero al contarle la verdá tenga usté mucho cuidao, señora, porque corre usté un peligro muy grande.

LUCRE. Un peligro, ¿de qué?

FERMI. De recibir un alcañal. Yo sé lo que piensa

Ventura sobre estas cosas, y temo que lo haga usted desgrasiao sin conseguí na pa usted.

LUCRE. ¿Qué quiere decirme?

FERMI. Calle usted ahora, que viene gente. (*Entra en escena, por la derecha, Mellaito.*)

MELLAI. Guás tarde y la compañía.

FERMI. Buenas tardes.

MELLAI. Ahí vengo de "Los Retamales" de llevá la jaca de la señita Adela. Me dijo ella, dijo, dice...

FERMI. (*Atajándole.*) Entre, busque al señorito y dígame que haga el favó de vení.

MELLAI. Sí, señora. Ahora mismo. (*Entra en el caserío.*)

LUCRE. (*Temerosa.*) Gracias, señora; pero no me mire con odio. Póngase en mi caso; si usted encontrara de repente a un hijo al que hubiera llorado por muerto, ¿renunciaría a la dicha de verle y de recobrarle, si era posible?

FERMI. Yo no puedo ser juez de lo que usted piense, señora. Se hará lo que usted quiera y nada más. Mande y yo la obedeceré.

LUCRE. No mardo, le ruego únicamente, lo que usted me rogaría a mí si los papeles se invirtieran... Pero, por la Virgen Santa, vuelvo a pedirle que no me mire con aversión. Usted no puede ser enemiga mía. La que es para mi hijo lo que es usted... Nuestro común interés debe unirnos. Las dos debemos sacrificarnos por él en todo momento...

FERMI. En ese caso, no perdamos el tiempo, señora, y busque usted algún pretexto para empesa su conversación con Ventura, sin que él se extrañe...

LUCRE. Sí; es necesario; pero no se me ocurre nada. Ayúdeme por Dios.

FERMI. Como no sea...

LUCRE. ¿Qué?

FERMI. Ventura acaba de sufrí un gran disgusto; tenía una novia y ha terminao sus relaciones con ella, porque los padres de la muchacha se oponen terminantemente. Plájase usted ami-

ga de la familia y dígale que está dispuesta a trabajá en su favó.

LUCRE. Sí, sí; es un pretexto excelente... ¿Quién es esa familia?

FERMI. Son los unos de la línea que anda con ésta.

LUCRE. ¿Los de Iñiguez?

FERMI. Sí, señora.

LUCRE. No tengo que fingir entonces. Esa joven es mi sobrina. Estábamos bastante distanciados con motivo de un pleito... pero ahora, a raíz de la muerte de mi padre, se han portado muy carinosamente conmigo y puedo por tanto... Sí, yo haré cuanto esté de mi parte: la comedia va a trocarse en realidad. Voy a tener el medio de poder contribuir a su dicha. ¡Dios está conmigo!

FERMI. Y de mí se aparta, puesto que para mí es pesadumbre lo que para usted es alegría.

LUCRE. ¡No digo eso!... Yo no respiro a todo su cariño... Sé que eso no es posible...

FERMI. *(Mirando hacia el cazerío.)* ¡Cuidado!... Es él...

LUCRE. *(Emocionadísima.)* ¡Jesús!... ¡Dios mío! *(Pausa.)*

VENTU. *(Entrando en escena.)* ¿Me llamaba usted, madre?

FERMI. Sí, acércate... *(Procurando ocultar su emoción.)* Esta señora, que es hija del General que tanto protegía a tu padre, desea conocerte...

VENTU. Permítame entonces que le beso la mano, señora. *(Lo hace.)* Siempre oí hablar a mi padre de su padre de usted como del más generoso de los bienhechores y para mí son sagradas todas las cruces, especialmente las de aquí... *(Por el corazón.)*

LUCRE. *(Muy conmovida.)* Ya sé que es usted un muchacho de un gran mérito...

VENTU. *(Sonriente por dentro.)* Claro, he hablado usted con ella... Todos los hijos somos buenos

para nuestras madres. ¿Y a que se debe esta agradable visita?

LUCRE. (*Vacilante.*) A que he venido aquí muy cerca, a ver a mis primos, los de Iñiguez...

VENTU. ¿Cómo? ¿Es usted de la familia de Adela?...

FERMI. Y con ella se relaciona un asunto del que quiere hablarle.

VENTU. ¿Eh?...

FERMI. La dejo contigo para que lo haga con más libertad.

VENTU. ¿Pero?...

FERMI. Hasta luego, señora. (*Entra en el caserío.*)

VENTU. Crea usted, señora, que estoy impaciente por saber qué tiene que desirme...

LUCRE. Es muy sencillo... Que hablando con su madre he sabido la contrariedad que acaba usted de tener, y me he ofrecido a ser mediadora con mis primos para buscar una solución favorable al asunto.

VENTU. ¿Será posible?

LUCRE. Ignoro hasta dónde podrá llegar mi influencia cerca de ellos; lo que le aseguro es que pondré todos los medios que estén a mi alcance para que logre sus deseos... digo, si a usted no le parece una imprudencia que me mezele en esta cuestión...

VENTU. ¡Señora, por Dios!... ¿Una imprudencia, cuando me está usted dando una esperanza, con la que no soñaba siquiera?

LUCRE. Crea que si lograra realizarla, mi placer sería tan grande como el suyo.

VENTU. ¿Tanto quiere usted a Adela?

LUCRE. No es sólo Adela quien me inspira interés: es usted también...

VENTU. (*Asombrado.*) ¿Yo?...

LUCRE. Sí: usted.

VENTU. Señora, ése ya es el colmo de la bondad. ¿Cómo ha podido inspirarle interés una persona con quien habla usted por primera vez en este momento? ¿Es que quiere usted seguir la obra de su padre?... ¿Es que quiere usted seguir pro-

tegiendo a esta familia que tanto le debe?

LUCRE. No. Es usted, es su persona la que... me interesa.

VENTU. Le aseguro, señora, que, vamos, estoy en un mar de confusiones.

LUCRE. Pues voy a sacarle de él. Su presencia me despierta el recuerdo a la vez más dulce y más amargo de mi vida. Yo perdí a un hijo que debía tener su misma edad; que hasta se parecía a usted, y al ver a usted ahora... ¡Qué tontería! ¿Verdad?

VENTU. Tontería, no, señora. ¿Cómo va a sé tontería lo que le recuerda a uno una pena? Ahora, que por lo que a mí me toca, veo en esto la mano de la Providencia, porque recordándot yo a su hijo, pondrá usted todo su empeño en convencer a los padres de Adela.

LUCRE. Se lo juro.

VENTU. Crea usted que pa mí no puede haber alegría en el mundo sino con ella. Y ella también me quiere a mí. Hasta me ha jurao no ser de nadie si no ha de ser mía. ¡La pobrecilla!... Háganos usted dichosos, señora, y su hijo se lo agradecerá desde allá arriba.

LUCRE. Y si fuera tan afortunada que lo consiguiera... ¿qué me daría usted en cambio?

VENTU. Cuanto usted me pidiera, señora. Hasta la sangre de mis venas si era menesté.

LUCRE. No soy tan avara. Con... la estimación de usted me bastaría.

VENTU. ¿La estimación? Yo no sé estimar; eso es muy fino para mí. Yo sé querer. Y si usted me consiguiera lo que tanto deseo, yo la querría a usted como a una segunda madre, porque se que sería más pa mí tan generosa y tan buena como ella.

LUCRE. Todas las madres somos lo mismo.

VENTU. Todas, no; las que son buenas solamente, que hay algunas que ni el nombre de madre merecen.

LUCRE. ¿Usted cree?...

VENTU. Basta echar un vistazo por ahí para verlo. Esta es una cuestión de la cual tengo yo una idea muy especial, debido tal vez al ejemplo que he visto siempre en mi casa. Por lo mismo que mi madre ha sido una mujer que está de nones en el mundo, siento yo indignación cada vez que veo a una criatura abandonada por la suya. ¡Y hay tantas por estos contornos!...

LUCRE. Desde luego que hace mal toda mujer que abandona a su hijo, pero puede haber casos en que la falta merezca disculpa...

VENTU. ¡Quiá!

LUCRE. Es usted muy severo.

VENTU. Soy justo y nada más, señora.

LUCRE. No se debe extremar nada de esa manera.

VENTU. Esto, sí.

LUCRE. ¿De modo que para usted es tan criminal la mujer que voluntariamente lleva a su hijo al torno de la inclusa, como—pongo por ejemplo—la mujer a quien se engaña o de quien se abusa y cuya familia, tratando de ocultar la deshonra, la obliga a separarse del ser al que dió la vida, arrancándolo de sus brazos, ocultándole su existencia?...

VENTU. Esas son razones que busca la que no quiere cumplir con su deber.

LUCRE. En el caso que le he puesto, ¿qué pudo hacer la pobre mujer?

VENTU. Exigir que se la dijese la verdad y, si su hijo vivía, echarse a buscarlo por encima de todo, hasta encontrarlo, hasta morir con él... La que no hace eso, no es madre, ¡no merece serlo!

LUCRE. ¿Es decir, que para su criterio no hay excepción?

VENTU. Ninguna.

LUCRE. Le juzgaba más piadoso.

VENTU. En este momento tiene usted la culpa de que no lo sea.

LUCRE. ¿Yo?

VENTU. A la vista de quien, como usted, consagra la vida al culto, no ya de su hijo, sino de su recuerdo. ¿Cómo puedo sentir piedad por alguna madre que no sea como Dios manda?

LUCRE. Nadie es impecable. Supongamos que una mujer viniera un día y le dijese a usted: "tu verdadera madre soy yo, no la que te ha criado. Hasta hoy no he podido descubrirte el secreto, pero hoy ya puedo quererte libremente, y vengo por ti, para llevarte conmigo, para que vivamos juntos"... ¿usted qué le contestaría?

VENTU. Le contestaría que yo no tenía ni quería tener otra madre que la que siempre había tenido; que no creía en lo que llaman el grito de la sangre. Que si ella no lo había oído para cumplir su deber hacia mí, ¿cómo quería que yo lo oyera para ser ingrato con quien sólo había tenido bondades y abnegaciones? La verdadera madre no es la que nos lleva en sus entrañas, señora, sino la que nos quiere y nos consagra la vida... Sería muy cómodo abandonar a los hijos mientras estaban, para recobrarlos cuando pueden ser útiles... ¡Oh! ¡No!... Si yo me encontrase en el caso que usted señala, si una mujer se acercara a mí para decirme: "soy tu madre; deja esta casa y vente conmigo", no sólo no escucharía siquiera la proposición, sino que la echaría de mi lado con indignación, casi con odio...

LUCRE. (¡Dios mío!)

VENTU. Pero estamos locos, señora. ¿A quién se le ocurre hacer suposiciones semejantes?

LUCRE. (Procurando serenarse.) Díe bien. Es una locura... (Fingiéndola una naturalidad que está muy lejos de sentir.) Hablemos de cosas más agradables. Yo le juro no desear nada para conseguir que se case usted con Adela.

VENTU. Y yo le juro quererla... como la hubiera querido su hijo.

LUCRE. ¿Es de veras? (Medio abrazándole.)

VENTU. Por mi misma madre se lo juro.

LUCRE. (*Apretándole contra sí.*) ¡Ventura!...

ASIS. (*Que ha entrado por la derecha, primer término. Muy irónico.*) Siento turbar el idilio, pero tengo que decir a usted dos palabras.

LUCRE. ¿Eh?...

VENTU. (*Secamente.*) Dígalas.

ASIS. Es una simple curiosidad. Descaría saber si por aquí, por estos campos, es costumbre que cualquier indocumentado tenga la audacia de poner los ojos en muchacha de alta posición, olvidando que aún hay clases en el mundo.

VENTU. (*Conteniéndose.*) ¿Es eso todo lo que viene a preguntar?

ASIS. Eso... y otra cosa.

VENTU. Pues acabe sus preguntas y entonces le diré si me parece bien o no el contestarlas.

ASIS. La segunda de mis curiosidades es que me diga si entre los hábitos de los tenorios... rústicos, que desconozco por completo, figura el de arrancar a las mujeres, cuyas familias se oponen con razón a bodas desiguales, juramentos que las ligen a ellos para siempre...

VENTU. Hombre, va usted a quedá satisfecho en seguida. En estos campos hay hombres tan honrados, o tal vez más honrados que los que vienen de Madrid, que pueden poné los ojos en cualquier mujer, por alta que sea su posición; y estos tenorios rústicos, no exigen juramentos de ninguna clase a las mujeres, pero aceptan con satisfacción los que ellas espontáneamente les hacen, sobre todo cuando eso las defiende de los "don Juanes" que andan por ahí cazando dotes...

ASIS. (*Sonriente.*) Si piensa que tratando de ofenderme va a dejar liquidado este asunto, ha echado mal la cuenta. Los insultos se reciben según de quien proceden; y yo no vengo a recibir lecciones de nada, ni siquiera de... fidelidad, de quien, a la media hora de haber roto

con la mujer a quien juraba adorar, ya ha encontrado con quien sustituirla.

LUCRE. ¿Qué dice?...

VENTU. ¡Explique usted lo que ha querido desí!

ASIS. No tengo por qué explicar lo que he visto con mis propios ojos. ¿Negará usted que estaban arrullándose?...

VENTU. ¡Sinvergüenza!... *(Va a lanzarse sobre él y Lucrecia lo sujeta.)*

LUCRE. ¡No!

FEDE. *(Que ha entrado momentos antes, interponiéndose.)* ¡Quieto!

VENTU. ¿Eh?

FEDE. A esa infamia sólo debo contestar yo, que soy el marido de esta mujer. Y la contesto así. *(Le da una bofetada. Procúrese en esto el mayor verismo y pórdone el actor que haga de Asís. ¡Vaya un regalito!)*

ASIS. *(Furioso, y si le dan de verdad, con razón.)* ¿Qué ha hecho usted? *(Ahora es Ventura el que se interpone entre ambos.)*

FEDE. Nada de voces.

ASIS. Esta misma tarde tendrá usted noticias mías.

FEDE. Es lo que deseo. *(Se marcha Asís por la derecha al mismo tiempo que entra Fermína por la izquierda.)*

LUCRE. *(Acercándose a Federico nerviosamente y haciendo la voz.)* ¡Federico!... Escúchame: yo te explicaré...

FEDE. *(Abrazándola.)* No tienes nada que decirme, Lucrecia. He oído cuanto ha dicho tu hijo.

LUCRE. *(Por Ventura, que habla a Fermína, acercándose.)* ¡Míralo!

FEDE. Es el castigo de tu culpa... Te compadezco con todo mi corazón.

ACTO TERCERO

Hall de la casa de "Los Retamales". Riqueza y buen gusto, tanto en el mobiliario como en la decoración. A la derecha, primer término, una puerta, y más hacia el fondo y en chaflán, la que sirve de entrada a la casa. En el foro derecha, una bonita ventana apaísada, y en el foro izquierda, otra habitación especie de gabinetito, con galería de cristales, que se pierde en el lateral. A la izquierda, el arranque de una escalera y otra puerta. Es de día.

(Al levantarse el telón entran en escena por la puerta de entrada Benedicto, el mayordomo del primer acto, y Damián, campero andaluz, que está de criado en "Los Retamales". Benedicto viene de viaje y trae un pequeño male-tín.)

BENE. De modo que usted cree que el señor Conde ha salido, ¿no?

DAM. Hombre, mire usted, amigo: yo juraría que lo he visto de salir, pero como a lo mejón cree uno una cosa y aluego no es lo que uno ha creído, que eso le habrá pasado a usted ciento de veces, pos voy a asomarme al iscritorio, que es aonde él suele de escribir a estas horas, y si no está en el iscritorio es que no está.

BENE. Claro.

DAM. Bueno, estamos hablando der señor Conde, de don Federico, no del amo d'acá. Porque el amo d'acá es don Patricio "Llñigue", y ése está arriba. Ese no baja hasta que acabe de hasé toa la digestión y como come... ¡Josú, mare de mi arma, lo que come el amo!... Yo l'ayudo a Ulogio a servir a la mesa, y que le diga asté Ulogio. ¡María Santísima!... Na más que de cocletas s'ha echao hoy en er plato nueve. Y cocletas de las de aquí. Porque mi madre en casa m'a puesto a mí cocletas muchas veces; que a mí, aonde usted me ve, a mí me gusta comé fino, na de bacalaos ni de papas guisás: a mí cocletas; pero las cocletas

que hase mi madre son cocletas como Dios manda, vamo, una cosa asin como medic ar-fajó, que pué uno comerse nueve y es como no come na; pero las cocletas que hasen aquí... ¡Josú!... Asin de grande... Como huevos de dos yemas... Pues de esas, ¡vuelvel que no le cablan en el plato; como que al ve que no le cablan estuve yo por decirle: "hombre, haga uste con las cocletas lo que dicen que hizo Colón con el hueyo y póngalas usté de pie". Pero me aguante y no se lo dije, porque aunque yo soy ocurrencioso y expansivo y aquí me quiere a mí to er mundo, no se lo dije. Yo no digo más que lo que debo desí, que es como debe sé.

BENE. Pues dígame usted si está o no está el señor Conde en el escritorio.

DAM. Ahora mismito, sí, señó. Una cosa no quita lo otra. ¿Quién le digo que está, si está?

BENE. Dígale que está aquí Benedito, su mayordomo.

DAM. ¡Zape!

BENE. ¿En?

DAM. ¡Mayordomo na menos!

BENE. Sí...

DAM. Eso debe e sé una cosa gorda, ¿no?

BENE. ¡Pchs!...

DAM. Aquí no hay de eso. En los currijos hay otras diñidade: aperado, calero, manijero, vaquero... Otras diñidade. Mayordomo ¿qué quiere desí?

BENE. Pues lo que dice: el mayor de la casa.

DAM. ¡Zape!... ¡Ya es llegó!... Claro que pa llegó a eso habrá que sé to lo viejo que es usté...

BENE. (Quemado.) Bueno, o ve usted si está el señor Conde en el escritorio, o lo veo yo.

DAM. (Ingenua.) Pero hombre: ¿pa qué se va usté a molestá si a mí el asercarme y verlo no me cuesta trabajo ninguno? Además, que usté no sabe cuál es el escritorio. ¿A que no sabe usté cual es el escritorio?

BENE. (*Quemadísimo.*) ¡Claro que no lo sé, hombre de Dios!

DAM. ¿Estaste viendo, so fuguilla?... ¡Que es usté un fuguilla!... (*Indicando la primera puerta de la derecha.*) Esa puerta de ahí es. La que tiene usté más serca. Lo de siempre: tiene uno las cosas ar lao y...

BENE. Bueno: haga usted el favor, hombre.

DAM. Sin favó. (*Se acerca a la puerta indicada y toca en ella con los nudillos.*) ¿Se puede?... ¿Se puede, señor Conde?... (*A Benedicto.*) A lo mejó está dormido y hay que despertarlo pa que conteste si se puede o no. (*Entreabre la puerta y asoma la cabeza.*) ¿Se puede?... (*Abriendo del todo y asomándose.*) La armófera.

BENE. ¿No está?

DAM. ¿No le estoy disiendo asté que la armófera? Andará por el campo. Esta suele sé su hora de paseá. Aguardusté una mijita.

BENE. ¡Qué remedio! (*Sentándose.*) Menos mal que cuando anda por ahí es señal de que está bien de salud, ¿no?

DAM. Como los ángeles está. La señora Condesa es la que ha tenío un arrechuchillo. Unas calenturillas... Na; custión de seis días. Ya está superió.

BENE. A Madrid llegaron noticias alaimantes...

DAM. Dexageraciones. Fué que se disgustó con lo der desafío der Conde...

BENE. De eso también se han ocupado los periódicos... ¿Qué fué?... ¿Usted sabe?

DAM. ¿Cómo si sé?... Llevé yo los sables en er pescante der coche: no le digo asté más.

BENE. Bueno, pero ¿por qué fué el duelo?, pregunto yo.

DAM. ¡Ah! Por na. Pamplinas de na. Que la Condesa, delante e la gente le dió un achuchoncillo a uno...

BENE. ¡Atiza!

DAM. ¡Na!... Ahí a la vera fué la cosa. En el corti-

jo del Husá, que le disen. Y uno que estaba allí y que estaba aquí...

BENE.

¿En qué quedamos?

DAM.

Señó, uno que estaba aquí de güéspedes, pero que estaba allí cuando la cosa, un tar don Así, fue y le dijo a ella de mala manera... "Hom-bre, señora, eso no se hace". Y entonse el Conde, que también estaba allí, le dijo a él "Oiga usté, amigo, que eso es cosa mía", y le arreó un guantazo al don Así que le puso la jeta así. Dos horas estuvo haciendo buches ¡Jesús!

BENE.

DAM.

Mediaron los del corrijó d'allá, o la señora, que se puso mala, se la trajieron aquí los amos, quieras que no, y al día siguiente, er desafío. Yo lo vide. Mu serio to y mu bien arreglao, to: usté aquí y usté aquí y ca uno se quedaba en su sitio sin desí esta boca es mía. Que yo no hasía más que pensá: güeno, a mí, con una gofetá en el cuerpo me dan un sable, y por sí o por no, me lio a sablasos con padrinos y con testigos y con to er mundo, y me quedo solo. Pero ellos, serios y estiraos...

BENE.

DAM.

¿Y qué, el Conde...? (*Acción de pegar.*)

Calle usté, hombre; el Conde le metió un sablazo a don Así por semejante sitio (*Lado derecho de la cara*), que un... carosento que se pone él en este ojo, se lo va a tené que poné en el otro, porque con la siestrá que le va a quedá no le va a agarrá er cristalito ni con masilla. ¡Chavó, qué sablazo!... Entre cuatro se lo han llevao a Madrid. Por cierto que él se ha aprovechao de que iba herío pa no da propina. Porque aquí tos los güéspedes que han venío a lo der tentao han dao propina; pero él, al salí iba quejándose pa que nos diera lástima y le dispensáramos. Valiente no güeno! Claro, se pensaba "Bastante sablazo m'han dao ya".

BENE.

Si...

DAM. Su amo d'usté, er señor Conde, debe sé de los que tiran de cartera y... (*Acción de dar billetes.*) ahí va eso, ¿no? Claro, hombre: lo que debe sé. Es mu caballero. Y ella es mu señora. Yo no le echo en cara lo del achuchón. A lo mejorón tuvo un pronto y no lo pudo remediá; que es lo que me pasó a mí el año pasao con Micaelilla la de Sarvadó: que me la encontré ahí en er llano mu enseñaora y me dió un pronto y le largué un beso sonao, que cómo sonaría que salieron los toros a to meté porque creyeron que lo que había sonao era la honda. Claro, así me dió luego Sarvadó la palisa que me dió, que me lisió.

BENE. Claro.

DAM. Aquí a sus amos d'usté le bailan el agua y le dan la coba los míos pa que no sigan un pleito que se traen. Uno se entera de to. Los oye uno hablá y..., naturarmente. Además, que yo estoy si me arreglo o no m'arreglo con Verónica, la donsella que s'ha traío de Madrí la Condesa. Porque yo estaba aquí a pique de caé con Rufina Lope, una que está sirviendo ahí ar lao y que me viene pretendiendo desde hase unos cuantos meses; pero esta Verónica m'ha dejao parao. Lo bien que habla, lo bien que güele y lo bien... que está. Porque está superió. Menuíta, pero cuajá. Si yo le contare a usté...

BENE. (*Que ya está loco.*) Cuénteme usted lo que quiera, que ya soy suyo.

DAM. ¿Cómo?

BENE. Que me entrego. Me ha mateado usted. Empiezan a darme vueltas los muebles.

DAM. (*Dándole un cariñoso monotón.*) ¡Pirondo!

BENE. (*Asombrado.*) ¿Eh?...

DAM. Que es usté un pirondo muy grande.

BENE. ¡¡Pero oiga usted!!

DAM. (*Mirando hacia la puerta de entrada e imponiéndole silencio.*) ¡Chist!.. Más respeto, que está aquí el señor Conde.

FEDE. *(Entrando en escena.)* Acaban de decirme que ha venido usted. ¿Qué es eso?...

BENE. Como el señor Conde no escribía y llegó hasta nosotros la noticia de que el señor estaba enfermo y que la señora se había batido...

DAM. *(Riendo.)* ¡Ja, ja! ¡Qué filo más gracioso!

BENE. Al revés: que la señora se había batido y que el señor estaba enfermo...

DAM. *(Como antes.)* Tiene áge.

BENE. No me haga caso al señor Conde, pero es que este hombre me ha estado diciendo una de cosas que estoy como borracho.

FEDE. Es de lo más mareante que he conocido. *(Le hace una señal para que se vaya.)*

DAM. ¿No desea ninguna cosa el señor Conde?

FEDE. Nada, muchas gracias.

DAM. Las que tiene el señor Conde. *(Se va por la puerta de entrada diciendo muy ufano.)*
¡Aprende finuras, mayordomo!... *(Vase.)*

FEDE. *(Por Damián.)* ¡Es un tipo!...

BENE. Ya sé que la señora Condesa está bien, gracias a Dios.

FEDE. Sí. Creo que regresaremos a Madrid muy pronto. ¿Ocurre algo nuevo por allá?

BENE. Sí, señor, y ésa es una de las cosas que me traen...

FEDE. Hable, diga, ¿qué pasa?

BENE. Que el señor Conde dió demasiadas atribuciones al señor Gilíperéz, o Gil y Pérez; que es su nombre verdadero, como dije al señor Conde, cuando le comuniqué la clase de punto que era mi amigo...

FEDE. Sí; muy gracioso.

BENE. Muy gracioso, pero lo que está haciendo creo que no le va a hacer gracia ninguna al señor Conde.

FEDE. ¿Eh? ¿Pues qué hace, Benedicto?

BENE. Como el señor Conde le dijo que primero colocara las muelas a su gusto y que luego pudiera ser que cambiara convenientemente, él asegura que usted le diga más en el sentido de una-

jenar, y cada día se lleva algo de casa para pulirlo.

FEDE.

¡Caramba!

BENE.

La mesa de billar del señor Conde la ha vendido a un casino que tienen en Carabanchel los matarifes, que excuso decir al señor Conde el trato que le van a dar.

FEDE.

¡Qué desahogo!

BENE.

Yo creo que si el señor Conde no avisa pronto a la Policía, ese sinvergüenza le pule al señor Conde hasta el aliento.

FEDE.

Ahora mismo. Le daré a usted unas letras para que se traslade en el acto a Sevilla, hable con el gobernador, que es amigo mío, y éste telefonee a Madrid a la Dirección de Seguridad. Venga usted.

BENE.

Sí, señor. *(Mutis por la puerta del escritorio, al mismo tiempo que entra en escena por la escalera de la izquierda Mariquilla Moscoso, una palurdilla de pañolillo de talle, flores en el pelo y falda que le llega hasta los mismos talones. Trae unas postales en la mano.)*

MARI.

(Llamando.) ¡Damián!... ¡Damián!

DAM.

(Entrando.) ¿Qué pasa con tanto Damián?

MARI.

De parte de la señita Adela, que vayas en un rato a Lebrija y echas en el correo estas postales.

DAM.

¿Yo?

MARI.

Tú.

DAM.

Pero ¿ha dicho ella que yo?

MARI.

Y dale, permaso: que tú. Toma. *(Le da las tarjetas.)*

DAM.

¡Mardita sea!... Como si yo no tuviera otra cosa que hasé.

MARI.

¿Y qué otra cosa tienes tú que hasé, arma mía? ¿Habla con la avispa?

DAM.

¿Eh?

MARI.

Sí, hombre; con la avispa, porque eso no es una mujé: es una avispa.

DAM.

Envidia y na más que envidia.

MARI.

¡Parase mentita y cómo sois los hombres de

primos! En cuanti una mujé se propone una cosa, lo consigue. Llegá una fresca encandilando cosas pa encandilá, y tos encandilaos. ¡Primos! Yo podía sé hombre y a la que se propusiera enseñarme cosas, yo, sin mirá, y si había en un sitio dos mujeres, una con to al aire y otra con to tapao, yo con la de to tapao.

DAM. Eso quisieras tú.

MARI. ¿Yo? *(Asqueada.)* Quitá, hijo, quitá... ¡Al instante! ¡Uf!...

RUFÍ. *(Por la puerta de entrada.)* Buenas tardes, Mariquilla.

MARI. Hola, mujé.

DAM. *(La que me faltaba.)* Buenas tardes.

RUFÍ. A ti no te he saludao yo.

DAM. Ni farta que me hace.

RUFÍ. ¡Bueno!

DAM. ¡Mejón!

MARI. ¿Qué te trae?

RUFÍ. Una rasón de mi ama para la señora Condesa. ¿Está?

MARI. Creo que está echá.

RUFÍ. Entonces llama a la avispa.

DAM. ¿También tú? Si la envidia fuera tiña...

RUFÍ. ¿Envidia yo? ¿De qué, si yo vengo más que ella?

DAM. ¡Jajay!

RUFÍ. Que no tuviera yo vergüenza, y ya verías tú.

DAM. ¡Jajay!...

RUFÍ. *(En un arranque.)* Hombre, y teniéndola y lo lo vas a ve. Dame un pedaso de trapo y una cinta, por tu salú, Mariquilla.

MARI. ¿Qué va a hacé, Rufina?

RUFÍ. Que vea este aborrito la diferencia que hay entre una avispa y una persona.

DAM. Yo no voy perdiendo na con esto.

MARI. Espera: aquí en el costurero habrá de tí, *(Toma de un costurero que habrá en el foro una cinta y un trozo de tela blanca.)* Toma *(Se lo da.)*

- RUFI. *(Que entretanto se habrá escolado un poco ante un espejo.)* Después de to lo que yo vi a hasé es lo que hasen mucha señoritas desente, que pa que los hombres las miren tienen que vesti como las que no lo son. ¡Ea!... *(Se pone muy graciosamente el trozo de tela blanco a guisa de cofia.)* ¡Como la avispa! *(Con la cinta se sujeta la faldita hasta dejarse más de media pierna al aire.)* ¡Como la avispa!
- DAM. *(Encandilado y con razón, porque Rufina estará guapísima y lo más sugestiva.)* ¡Chavó!...
- RUFI. *(A Mariquilla.)* Llámala.
- MARI. Espera. *(Desaparece por el foro izquierda.)*
- RUFI. *(Pavoneándose y pronunciando muchísimo las eses.)* Eso es... Toass tenemosss cosasss... Sólo que hay quien además de tenesss cosasss... tiene vergüensas... Eso esss...
- VERO. *(Seguida de Mariquilla, por el foro izquierda.)* ¿Quién? *(Al ver a Rufina.)* ¡Santo Dios!...
- RUFI. Santo Diosss, Santo Fuertesss, Santo Inmortasss, libranos, Señor, de las avispasss y de to mass... *(Ríe Mariquilla.)*
- VERO. *(Colérica.)* ¿Qué desea usted?
- RUFI. Diga a la señora Condesa, de parte de mi señora, que mi señora vendrá a verla dentro de un ratoss con mucho gustoss...
- VERO. Está muy bien.
- RUFI. Mi buenasss tardesss... *(Inicia el mutis con pasitos muy cortos y muy taconeados y cade-reados. Mariquita Moseoso ríe a carcajadas.)*
- VERO. ¿Eh?...
- DAM. *(Por Rufina.)* ¡La grasia der mundo!
- RUFI. *(En la entrada, haciendo muchos remilgos y muchísimos aspavientos.)* ¡Una araña!... ¡Dios míosss!... ¡Jesús!... ¡Aysss!... *(Vase.)*
- DAM. *(¡M'ha matao!)* *(Inicia el mutis tras ella.)*
- VERO. ¡Damián!
- DAM. Ahora güervo. Es que vi a echá estas postales de la señorita. *(Haciendo mutis.)* ¡Bendita sea la mare que la echó al mundo en Lebrija...! *(Mutis.)*

VERO. *(Perpleja.)* ¿Pero...?

MARI. Na, hija; que, por lo que se ve, er toque no está sólo en enseñá, sino en tené..., y toas tenemos... *(Muñis por la escalera remangándose mucho.)*

VERO. ¡Imbéciles!... *(Vase por el foro izquierda.)*

FEDE. *(Saliedo con Benedicto del escenario.)* Puede usted estar en Sevilla dentro de una hora.

BENE. Sí, señor.

FEDE. Y, desde luego, no hay que decir a la señora nada de esto. Sería disgustarla. Yo procuraré que regresemos a Madrid cuanto antes.

BENE. Perfectamente. ¿No me manda nada más el señor Conde?

FEDE. Nada más; muchas gracias.

BENE. Pues hasta nueva vista.

FEDE. Adiós, Benedicto; buen viaje.

BENE. Muchísimas gracias, señor Conde. *(Vase por la puerta de entrada.)*

FEDE. *(Cambia con Oligorres.)* *(Se oye hablar a Lucrecia dentro.)* ¿Eh?... *(A Lucrecia, que entra en escena por el foro izquierda.)* Hola... Qué, ¿cómo te encuentras?

LUCRE. Muy bien. Ya te he dicho que estoy mejorada del todo.

FEDE. Entonces...

LUCRE. ¿Qué?

FEDE. ¿Te parecería un divorcio que nos marchásemos hoy mismo?

LUCRE. Disparate, nunca. Mi permanencia aquí ya no tiene objeto.

FEDE. Hasta ahora ha ido convenientemente prolongada. La historia de mi dichoso lance ha hecho mucho ruido en Madrid, y era bueno dejar pasar varios días para que se olvidara aires de nuestra vuelta...

LUCRE. ¿Cuánto te debió, Federico? ¿Pensas que sustenta la vida!...

FEDE. ¡Babi! Ya pasó... ¿Crees que podía dejar así castigo la insolencia de aquel estúpido?

- LUCRE. No sabes lo que me apesadumbra el que algunos piensen...
- FEDE. Tranquilízate. Ese runrún calumnioso que corre, al que nadie que te conozca puede dar crédito, se disipará pronto y...
- LUCRE. Por ti, más que por mí, me mortifica...
- FEDE. No pienses en eso, y hablemos de lo que verdaderamente nos interesa. ¿Tienes ya resuelto lo que vas a hacer?
- LUCRE. A reserva de que tú lo apruebes.
- FEDE. Bien sabes que con mi aprobación puedes contar siempre; pero si hemos de marcharnos esta misma tarde, ¿tendrás tiempo de aquí a entonces?...
- LUCRE. Con ver un instante a Fermina, a quien espero, y con que hable un momento con Teodora y Patricio, me basta.
- FEDE. Está bien. En ese caso ya puedo dirigirte una pregunta que hasta ahora he puesto buen cuidado en no hacerte, para que no creyeras que trataba de influir en tu resolución. ¿Qué has decidido?
- LUCRE. Atenerme al propósito que me trajo aquí.
- FEDE. Es decir, que has pensado ya la manera de descubrir a Ventura el secreto; que has estudiado la forma de poder llevarle antes o después a tu lado, sin que la murmuración encuentre un pretexto para...
- LUCRE. No, Federico; no es ése el propósito que me trajo..., o, por lo menos, no debió serlo. El choque con la realidad me ha hecho abrir los ojos, y ya no sueño con dichas imposibles de conseguir.
- FEDE. ¿Qué quieres decirme?
- LUCRE. Que no he venido a buscar a mi hijo con la intención de ser yo dichosa disfrutando de su cariño. Si ése hubiera sido mi objeto, no sería más que una egoísta que perseguía mi propio bien, no el suyo. Es su felicidad la que vengo buscando, porque ése es mi deber de madre, y como su felicidad consiste en ignorar que

me debe la vida, estoy resuelta a que lo ignore siempre.

FEDE. ¿Es posible?

LUCRE. Tú oíste nuestra conversación aquella tarde; tú sabes lo que piensa de las madres que abandonan a sus hijos. Si averiguara que yo he sido una de ellas, y él la víctima de mi abandono, me aborrecería por mucho que tratara de probarle que mi falta no merecía ser juzgada con dureza. El llamarme madre le quemaría los labios, porque me daría ese nombre pensando en la otra, en la que es para él el compendio de todas las virtudes... Y aun ésta también partiría a sus ojos cuando descubriera que le había mentado haciéndole creer que llevaba su sangre... De suerte que el revelarle la verdad sólo serviría para arrancarle del alma un cariño que necesita para ser feliz, sin lograr sustituirlo por otro que a nosotros le repugna... No. La madre que tiene es la única que debe tener. A mí me bastará para consolarme con la dolanza que me provocará el sacrificio que hago en aras de su cariño.

FEDE. Tienes muy buen corazón, Lucrecia; pero ¿cómo será demasiado cruel ese sacrificio? ¿Renunciar a lo que tanto deseabas!...

LUCRE. Aspiro solamente al placer que puedo decir a todas horas: "Mi hijo es feliz, y soy yo, yo, quien le ha dado la felicidad".

FEDE. ¿Qué es lo que intentas?

LUCRE. Déjame pensarla hasta que el proyecto se haya convertido en realidad.

FEDE. No quiero quebrantar tu secreto, aunque te aseguro que iré en busca de saber.

LUCRE. Hoy mismo lo sabrás... Avisa al rato y dispon nuestro viaje para dentro de un rato.

FEDE. ¿Tanta prisa tienes?

LUCRE. Más de la que te figuras.

FEDE. ¿Por qué?

LUCRE. Porque puede haber riesgo en la tardanza; porque puedo encontrar de nuevo a Ventura,

y hay que evitar el peligro... Mi resolución está tomada; pero si le viera de nuevo ante mis ojos, podría flaquear la voluntad, podrían faltarme fuerzas para el sacrificio...

ADELA. *(Entrando en escena por la escalera de la izquierda.)* Tía Lucrecia... *(Viendo a Federico.)* Perdón; creí que estaba usted sola.

FEDE. Como si lo estuviera, porque yo iba a marcharme en este instante.

ADELA. *(Algo turbada.)* Pues si no la molesto, desearía decirle dos palabras...

LUCRE. Con mucho gusto.

FEDE. Y yo os dejo para que habléis con más libertad.

LUCRE. No olvides disponer la marcha para dentro de un rato.

FEDE. Todo se hará a tu gusto. Descuida. *(Mutis por la puerta de la izquierda.)*

ADELA. ¿Cómo? ¿Se marcha usted hoy?

LUCRE. Tan pronto como reciba una visita que no puede tardar, y hable con tus padres un segundo. ¿Te parece que he abusado poco de vuestra hospitalidad? Llevo aquí no sé cuántos días, y algunos de ellos, enferma, que un huésped enfermo es doblemente incómodo...

ADELA. No diga eso. Demasiado sabe el gusto con que la vemos todos a nuestro lado. Lo único que hay que lamentar es el susto que nos dió con aquella fiebre tan alta...

LUCRE. La impresión que me produjo el duelo de Federico pudo costarme la vida... Pero no hablemos ya de lo pasado, y cuéntame qué es lo que vienes a decirme.

ADELA. *(Turbada.)* Pues verá usted, tía Lucrecia... Se trata de algo, de algo que...

LUCRE. ¿Por qué te detienes? ¿Te causo miedo, quizá?

ADELA. Sí, señora; no se lo oculto: tengo miedo...

LUCRE. ¿De mí?

ADELA. De usted... o de mí misma: no sé de quién, pero tengo miedo.

LUCRE. ¡Jesus, qué cosa más extraña!... Habla pronto.

ADELA. Eso es precisamente lo que me aterra: tener que hablar... No sé cómo hacerlo.

LUCRE. ¿Es que no te inspiro confianza?

ADELA. Me la inspira muy grande: se lo aseguro. Yo siempre la he creído buena, muy buena... Porque tengo de usted esa opinión es por lo que temo ofenderla.

LUCRE. ¿Ofenderme?... Vamos, hija; sácame de una vez de esta ansiedad; aclárame el misterio.

ADELA. ¿Me promete no enojarse conmigo?

LUCRE. No me explico por qué temes mi enojo.

ADELA. Porque puede creer que mi intención es mortificarla, y no hay nada más lejos de mi ánimo; se lo juro. Yo la tengo y la he tenido siempre, lo repito, por una mujer ejemplar; pero ya me es imposible seguir viviendo de este modo, torturada por una duda cruel, herida en mi confianza y en mi cariño...

LUCRE. (Adivinando.) ¡Ah! ¿Es que sospechas?...

ADELA. No sospecho nada... Me parecería un crimen sospechar... Pero me hace padecer horriblemente ese rumor que corre por todas partes; sobre todo, desde que sé que no es una calumnia inventada por Asís...

LUCRE. ¿Quién te lo ha dicho?

ADELA. El mismo Ventura.

LUCRE. ¿El?...

ADELA. Sí; pero su explicación no me ha satisfecho, no puede satisfacerme. Si era aquella la primera vez que se veían; si usted, como sabemos todos, no tuvo hijos jamás, ¿cómo pudo decirle y cómo pudo llegar a...?

LUCRE. (Con viveza.) Calla, Adela, calla, que no sabes hasta qué punto es monstruoso lo que estás pensando...

ADELA. Eso quiero; que me diga que la culpable soy yo al revelar...; pero que no se limite a decirlo, sino que lo pruebe.

LUCRE. ¿De modo que no te basta con que los dos te

aseguremos nuestra inocencia? (*Adela calla y baja los ojos. Pausa.*) Contesta.

ADELA. No.

LUCRE. (*Acercándose a ella y cogiéndola una mano.*) ¿Quieres mucho a Ventura?

ADELA. Con todo mi corazón.

LUCRE. ¿Y serías muy desgraciada si dudases de él?

ADELA. Mientras viviera.

LUCRE. (*Con resolución.*) Pues no lo serás: te lo aseguro. Pero prométeme que lo que vas a oír de mis labios no saldrá nunca a los tuyos.

ADELA. Prometido.

LUCRE. Júralo por la vida de tus padres, por la de él, por tu propia vida.

ADELA. Se lo juro.

LUCRE. Entonces..., sábelo. El abrazo que di a Ventura, el beso que no le di, aunque me lo pedía a gritos el corazón, hubiera podido dárselo delante de ti, y aun delante de Dios, porque no hay nada tan santo como las caricias de una madre.

ADELA. (*Asombrada.*) ¿Eh?... ¡¡Dios mío!!... ¿Usted?...

LUCRE. Sí, Adela, sí; Ventura es mi hijo, y yo quiero que tú lo seas también, porque a hacerle feliz he venido, y como para él la felicidad está en tu cariño, os uniré para siempre.

ADELA. ¡Señora!

LUCRE. Sé que tus padres se oponen a vuestras relaciones, pero yo sabré vencer su resistencia.

ADELA. ¿Está usted segura?

LUCRE. Dentro de muy poco estaré ya lejos de aquí, y cuento con no irme sin verte plenamente venturosa. Confía en mí.

ADELA. ¡Dios mío! ¿Cómo podré pagarle?...

LUCRE. ¿Quieres darme una prueba de cariño, la que más te agradecería?

ADELA. ¿No he de querer?

LUCRE. Pues mira... Cuando hayas realizado tu deseo, cuando seas la mujer de mi hijo, acos-
túmbrate a que rece contigo todas las noches.

pidiendo a Dios por su madre... El pensará que lo hace por la otra, pero Dios y yo sabremos que es por mí por quien reza...

ADELA. *(Al ver a Damián en la puerta de entrada.)* Cuidado... *(A Damián.)* ¿Qué quieres?

DAM. ¿Yo?... Na, señorita; ¿qué vi yo a queré?

ADELA. ¿A qué vienes entonces?

DAM. A desirle aquí, a la señora Condesa, que el ama del cortijo de ahí a la vera, la viuda del Húsa, que le disen, pregunta por ella.

LUCRE. Que pase.

DAM. Está muy bien. Vi a avisarla, que s'ha quedado sentá a la vera del poso, que está aquello mi fresco. Ha venío andando, y con la caló que hase na llegao una mijita sofocá. Como que yo pa que s'abanicara le di...

ADELA. Anda, anda...

DAM. Sí, señora. Y en seguida me llegaré a echá las tarjetas er correo. No las tengo aquí; se las he prestao a Gomersindo, er mayorá, que le gusta de leé lo que usted escribe. No le dio ya a echarlas porque m'ha pasao una cosa con Rufinilla la de ahí ar lao que... ¡bueno! Ha estao zembrá. Verá usté...

ADELA. ¡Pero, Damián! ¿No has oído que le digas a esa señora que pase?

DAM. Sí, señora, voy corriendo. *(Haciendo mutis.)* ¡Chavó! ¡No pué uno ni hablá!... *(Vase.)*

ADELA. *(A Lucrecia.)* ¿Esa era la visita que esperaba?...

LUCRE. Sí, y puesto que ha llegado, vé a llamar de mi parte a tus padres y a mi morido: díles que les aguardo a los tres. Quiera Dios que triunfemos, Adela.

ADELA. ¡Y yo he dudado de usted!... Perdón, tía Lucrecia.

LUCRE. Déjate de perdones y haz lo que te digo. *(Se va Adela por la puerta de la izquierda, al mismo tiempo que Lucrecia se dirige a la puerta de entrada para salir al encuentro de Fermína, que llega.)* Adelante, Fermína.

FERMI. *(Entrando.)* Gracias a Dios que consigo verla, señora. Como ha estado usted mala no me he atrevido a venir; pero ya es necesario que yo sepa lo que usted ha resuelto...

LUCRE. Poco va a tardar en saberlo.

FERMI. Eso es lo que quiero, señora: salí de esta incertidumbre, aunque la solución sea quedarme sin mi hijo, a quien no sé ya qué decirle para calmar sus sospechas.

LUCRE. *(Temerosa.)* ¿Cómo? ¿Ha adivinado, quizá?...

FERMI. Eso no; pero ve que algo raro sucede; comprende que yo le oculto algo... Averigué, no sé por quien, que usted me había mandado llamar, y no he podido impedir que venga acompañándome.

LUCRE. *(Aterrada.)* ¿Está aquí?

FERMI. En el armijá ha quedado esperando. ¿Quiere usted que lo llame?

LUCRE. *(Vivamente.)* ¡No!... ¡No!... ¡Todo menos eso!... ¡Todo menos volver a tenerle ante mis ojos!

FERMI. *(Sorprendida.)* ¿No quiere usted verlo? Entonces, ¿qué es lo que usted quiere?

LUCRE. *(Viendo que entran en escena, por la izquierda, Teodora, Patricio, Adela y Federico.)* Ya están aquí los que espero. En este instante va a salir de dudas. *(Fermina se retira al foro, un poco encogida y a disgusto de encontrarse con los que llegan, a quienes saluda con una inclinación de cabeza.)*

TEODO. Adela ha ido a decirnos que querías hablar-nos...

PATRI. En el momento en que tu marido nos anunciaba que os marchabais ahora mismo.

TEODO. Eso no puede ser, Lucrecia: nos oponemos.

PATRI. ¿Tan mal os va a nuestro lado?

LUCRE. ¡Por Dios!... Bien sabéis que no; pero Federico tiene asuntos pendientes en Madrid, y yo también...

PATRI. El consabido pretexto... Asuntos graves.

LUCRE. No lo tomes a broma, porque tal vez lo sean.

aunque no tanto como uno que quiero dejar resuelto con vosotros antes de irme.

TEODO. ¿Con nosotros?

LUCRE. Para eso os he llamado, a la vez que a esta señora... *(Por Fermina.)*, que debe estar presente a la entrevista.

PATRI. *(Alarmado.)* ¿Pero...?

LUCRE. Suspended todo juicio hasta que termine. Creo que no dudáis de la sinceridad del afecto que os he tenido siempre, sobre todo a vuestra hija, mi sobrina predilecta, como todos sabéis. El litigio que sostenemos sobre el título de mi padre indica sólo una apreciación distinta sobre nuestro derecho, pero no merma en nada nuestro cariño... ¿Estáis conformes?

PATRI. Desde luego.

TEODO. ¡Qué duda cabe!... Pero ¿a qué viene hablar de esto ahora?

LUCRE. A que no debo pasar adelante sin tener la certeza de que vosotros no podéis sospechar nunca que yo, al proponeros algo que se relacione estrechamente con vuestros sentimientos más hondos, soy capaz de inspirarme en nada que sea contrario a vuestro interés...

PATRI. ¿Cómo hemos de abrigar idea semejante?

LUCRE. Siendo así, ya no vacilo en haceros sin rodeos una petición, puesto que, accedáis a ella o no, tendréis siempre que reconocer que no me mueve al hacérsela otra intención que la de conseguir la felicidad de Adela...

TEODO. No comprendo qué quieres decir...

LUCRE. Que en nombre de esta señora, y haciendo mi el ruego, os pido oficialmente la mano de Adela para su hijo Ventura. *(Pausa. Patrio y Teodora manifiestan sorpresa y disgusto. Adela y Fermina, ansiedad.)*

PATRI. ¡Lucrecia!

TEODO. Por Dios; tú no has pensado bien.

PATRI. A tu experiencia del mundo no puede ocurrir

seie que un asunto de esta naturaleza no es para planteado así, de repente...

LUCRE. Lo que no se le oculta a mi experiencia, querido Patricio, es que hay muchas maneras de decir que no a lo que se nos pide, y que una de ellas—la más cortés, sin duda—es la de tratar de eludir la cuestión... Pero esta vez —perdóname la franqueza—no va a darte buen resultado el procedimiento. Esperaba la negativa y vengo decidida a rebelarme contra ella.

PATRI. Yo te suplico que no insistas...

TEODO. El momento no puede ser menos oportuno. Delante de Adela...

LUCRE. Precisamente por estar Adela delante debo insistir más. La he ofrecido hacer cuanto esté en mi mano para que logre sus deseos, y quiero que vea que cumplo lo que la ofrecí.

TEODO. Tú misma acabas de decir que esperabas nuestra negativa; no nos obligues a entrar en consideraciones que serían desagradables para todos...

LUCRE. Ya hubiera cesado en mi empeño si hubiese venido únicamente a probaros lo injusto de vuestra obstinación; pero no vengo a discutir: vengo..., dentro de lo posible, a obligaros.

TEODO. ¿A obligarnos?

LUCRE. Sí, porque vosotros no tenéis derecho a causar un gran perjuicio a vuestra hija.

PATRI. ¿Cómo un perjuicio?

TEODO. ¿Qué quieres dar a entender? Habla claro.

LUCRE. Que el pleito que sostenemos queda terminado en este instante. Yo os cedo mi derecho al título que pretendéis...; es decir, se lo cedo a vuestra hija, a condición de que la dejéis casar con el hombre que ella quiere.

TEODO. ¿Es posible?

LUCRE. Y no es eso solamente. Mi padre dejó una gran fortuna, que íntegra pasará en su día a vuestra hija, si esa boda se lleva a efecto.

ADELA. *(Emocionada.)* ¡Tía Lucrecia!

FERMI. *(Idem.)* ¡Señora!

TEODO. Pero ¿es posible?...

PATRI. *(Dudando.)* ¿Federico consiente?..

FEDE. Lo que dice Lucrecia está dicho por mí.

LUCRE. ¡Gracias, Federico!

TEODO. ¡Quién hubiera podido sospechar generosidad semejante!...

LUCRE. Accedéis, ¿verdad?

PATRI. No sé qué decir... Estoy aún sobrecogido por la sorpresa.

TEODO. Yo lo mismo. No puedo ni hablar.

FEDE. Mira, Adelita, allí está tu novio. Vé a buscarle; tus padres le recibirán con mucho gusto.

ADELA. Sí, voy... *(Besando a Lucrecia, conmovidísima.)* ¡Gracias, tía Lucrecia!... ¿Qué haría yo para demostrarle mi gratitud?

LUCRE. Con tu alegría y con tu cariño estoy suficientemente pagada... *(Vase Adela por la puerta de entrada.)*

TEODO. No vuelvo de mi asombro.

PATRI. Eres una criatura excepcional.

TEODO. Y a ti también, Federico; a ti también tenemos que agradecerte...

FEDE. A mí, nada. Lucrecia ha dispuesto de lo que le pertenece.

PATRI. Pero si tú no lo hubieras consentido... *(Hablan en un extremo de la escena Federico, Patrio y Teodora.)*

FERMI. *(A Lucrecia, que la conduce al extremo opuesto.)* No sé, señora, cómo demostrarle mi agradecimiento por haber hecho feliz a Ventura. ¿Piensa usted descubrirle ahora...?

LUCRE. Ahora menos que nunca. Voy a partir en este mismo instante para no volver jamás. En usted tiene Ventura la madre que quiere y que desea. No amargaré yo su vida, haciéndole saber que la debe a quien le abandonó. El no perdona esa culpa. Guarde a "nuestro" hijo para usted sola... Pero... ¡quírale por las dos!

ADELA. *(Entrando en escena con Ventura.)* No quiere creerlo.

VENTU. (*A Fermina.*) Es que me parece demasiado.

FERMI. Pues créelo y agradécelo a esta señora...

LUCRE. (*Sacando fuerzas de flaqueza y procurando sonreír.*) Ya ve usted que cumplo lo que prometo...

VENTU. (*Besándole una mano.*) ¡Señora!...

VERO. (*Por el foro, en traje de viaje y trayendo el sombrero y el abrigo de Lucrecia.*) Está el auto, señora.

LUCRE. Pues vamos en seguida. (*Se pone el sombrero y el abrigo, ayudada por Verónica.*)

VERO. (*A Damián, que entra en escena.*) Mentira va a parecerme no oler más piara.

FEDE. (*Tomando su sombrero.*) ¿Está todo en el coche?

VERO. Sí, señor.

LUCRE. (*A Fermina, despidiéndose de ella muy conmovida.*) Adiós...

FERMI. (*Idem.*) Adiós...

LUCRE. (*Besando a Adela.*) Adiós, hija mía.

ADELA. Nunca olvidaré lo buena que ha sido usted para con nosotros.

LUCRE. ¡Bah!

ADELA. (*Conmovida.*) Ventura, abraza a nuestra bienhechora. A ella vamos a deber nuestra felicidad.

LUCRE. (*Temblorosa.*) ¡Por Dios!

ADELA. (*Acercándolos.*) Puede usted besarle como a mí. Ahora no habrá quien la calumníe.

VENTU. (*Abrazando a Lucrecia.*) Gracias, señora.

LUCRE. (*Besándole.*) Adiós... (*Apoyándose en Adela para hacer mutis.*) ¡Gracias, hija mía!) (*Inician todos el mutis por la derecha.*)

FEDE. No retrasemos la marcha. Nos conviene hacer noche en Córdoba, y hay que llegar a hora conveniente.

PATRI. Desde luego. Un coche fuerte como el vuestro... (*Se van todos, menos Fermina y Ventura.*)

FERMI. (*Sujetando a Ventura, ya en la misma puerta.*) Tú, no, Ventura.

VENTU. (*Sorprendido.*) ¿Yo, no?

FERMI. Sería una crueldad que la obligases a despedirse de ti otra vez.

VENTU. ¿Eh?

FERMI. Bendice el nombre de esa mujer, pero respeta a su marido.

VENTU. (*Comprendiendo.*) ¿Eh? ¿Qué quieres decirme, madre? ¿Qué quieres darme a entender? (*Abrazándose a ella y rompiendo a llorar.*) ¡Madre mía! ¡Madre mía!

DAM. (*Entrando en escena por la puerta de la derecha, último término, muy contento, con un billete en la mano.*) ¡Olé los tíos dando propinas: un billete me ha dao! ¡Si no me lo talarán!

TELÓN

EL TEATRO

OBRAS PUBLICADAS

1 *Lecciones de buen amor*, por Jacinto Benavente.

2 *Cobardías*, por Manuel Linares Rivas.

3 *La señorita está loca*, por Felipe Sassone.

4 *Encarna, la Misterio*, por F. Luque y E. Calong.

5 *La pluma verde*, por Pedro Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.

6 *Madrigal*, por Gregorio Martínez Sierra.

7 *Un marido ideal*, por Oscar Wilde.—Traducción de Ricardo Baeza.

8 *¡Qué hombre tan simpático!*, por Arniches, Paso y Estremera.

9 *Febrerillo el loco*, por S. y J. Alvarez Quintero.

10 *Las canas de don Juan*, por J. I. Luca de Tena.

11 *La garra*, por Manuel Linares Rivas.

12 *La noche clara*, por A. Hernández Catá.

13 *La virtud sospechosa (extraordinario)*, por Jacinto Benavente.

14 *Vidas rectas*, por Marcelino Domingo.

15 *El ardía*, por Pedro Muñoz Seca.

16 *La nave sin timón*, por Luis Fernández Ardavin.

17 *El marido de la estrella*, por Manuel Linares Rivas.

18 *La dama salvaje*, por Enrique Suárez de Deza.

19 *Los cómicos de la legua*, por Federico Oliver.

20 *Volver a vivir*, por Felipe Sassone.

21 *Madame Butterfly*, por V. Gabirondo y E. Enderiz.

22 *Colonos de lilas*, por J. Fernández del Villar.

23 *La locura de don Juan*, por Carlos Arniches.

24 *La otra honra*, por Jacinto Benavente.

25 *Fantasmas*, por Manuel Linares Rivas.

26 *Rosa de Madrid*, por L. Fernández Ardavin.

27 *Para hacerse amar locamente*, por G. Martínez Sierra.

28 *El conflicto de Mercedes*, por Pedro Muñoz Seca.

29 *La risa*, por S. y J. Alvarez Quintero.

30 *La hija de Iorio*, por Gabriel D'Annunzio.

31 *La Galana*, por Pilar Millán Astray.

32 *La Malquerida*, por Jacinto Benavente.

33 *La española que fué más que reina*, por E. Contreras y Camargo y L. López de Saa.

34 *A campo traviesa*, por Felipe Sassone.

35 *Vida y dulzura*, por Santiago Rusiñol y G. Martínez Sierra.

36 *Las lágrimas de la Trini*, por Carlos Arniches y Joaquín Abatl.

37 *Como buitres*, por Manuel Linares Rivas.

38 *La Prudencia*, por J. Fernández del Villar.

39 *El pan de cada día*, por Marcelino Domingo.

LEA USTED

EL TEATRO

= M O D E R N O =

QUE PUBLICA INTEGRAMENTE

LAS OBRAS DE GRAN ÉXITO

DE LOS MEJORES AUTORES

——— LUJOSA EDICION ———

50 CENTIMOS